

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA

97

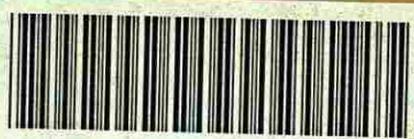
E DE M

CARTAS

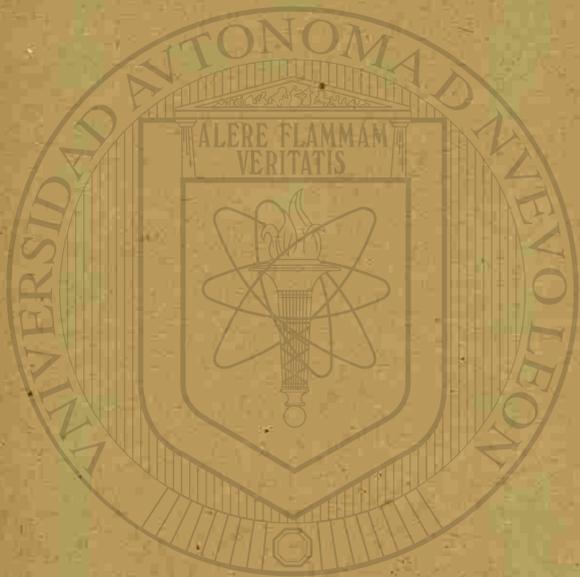
YNDIAS

PQ7297  
.M2  
A2

R C



1020028284

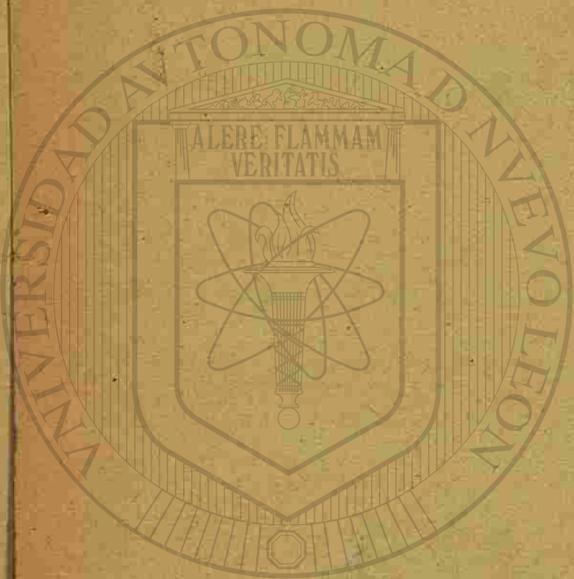


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A mi consocio del

LICEO ALTAMIRANO

Don \_\_\_\_\_

dedico este ejemplar en testimonio de compañerismo y estima; suplicándole que si le sobran humor y tiempo me dé á conocer, pública ó privadamente, las censuras que mi libro le sugiriere, pues sus opiniones podrian servirme de mucha enseñanza. Elogios, huelgan.

G. de M.



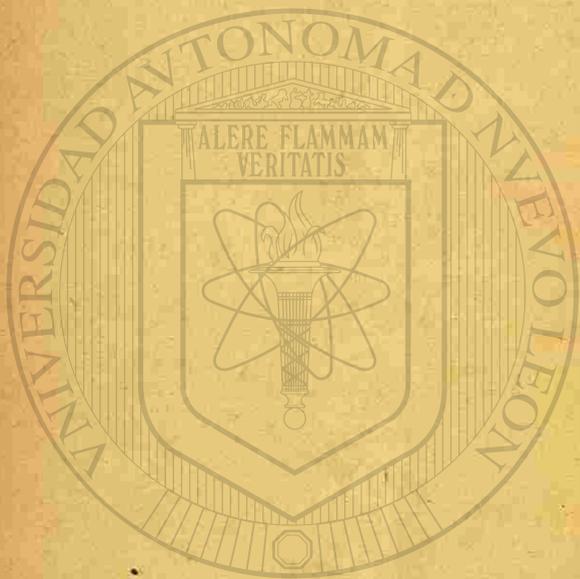
Á CARTAS VISTAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

M. de B.

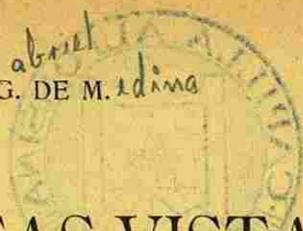
860  
M



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abril  
G. DE M. Medina



# Á CARTAS VISTAS

¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se hace?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

QUEVEDO

Ceci est un livre de bonne foi.

MONTAIGNE

Quiero fer una prosa en roman paladino,  
en cual suele el pueblo fablar á su vecino,  
cá non só tan letrado por fer otro latino.

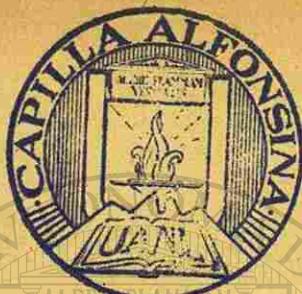
GONZALO DE BERCEO



MÉJICO  
1907

099649

31406



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

807297  
M12  
A22

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

Al Sr. D. Telesforo García de Roiz

Hubiera yo deseado, *papá Teles*, dedicarle una obra de más enjundia y valía que este libro insulso; pero no está el alcacer para zampoñas.

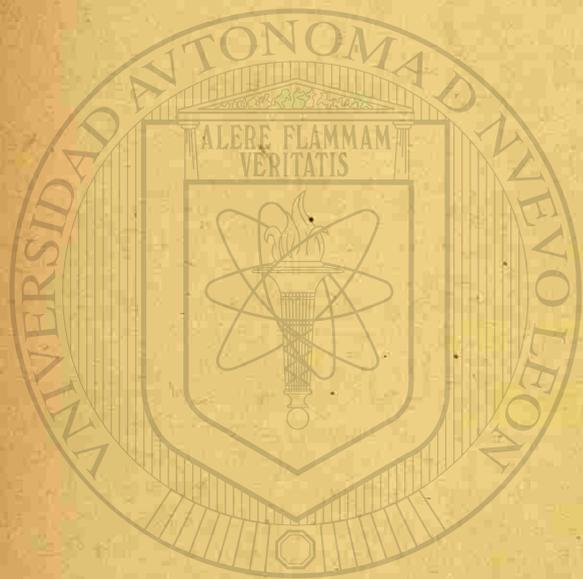
Á veces hasta recelo pueda sucederme lo que de un amigo de usted aseguraba Castelar: que «el cerebro se le quedó chupado como panal sin miel, con las celdillas vacías»... *et pour cause!*

Mas si los angostos mechinales, mezquinos tabucos, míseros zaquizamis, desvanes y buhardas de mi cerebro, están desalojados y á obscuras, atesoro en el corazón crecido caudal de afectos, entre los cuales brilla y sobresale por especial manera el que profesa á usted

G.

Méjico, Septiembre de 1906.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DE OMNI RE SCIBILI

(PISTO EPISTOLAR)

Fulanita, Menganita, Zutano, Perencejo, etc.,  
etcétera:

¿Prólogo, prefación, atrio, pórtico, peristilo ó  
zaguán de ajena pluma ó de almocafre ajeno?...  
¡En mis días!

Como el herrero de Arganda, mi obra yo me  
la fuello, yo me la macho y yo me la llevo al  
mercado.

*De omni re scibili... et quibusdam aliis.* La  
orgullosa divisa de Pico de la Mirándola, comple-  
tada irónicamente siglos más tarde por el amable  
Voltaire (quien recordó acaso el título de un es-  
crito del señor de la Torre de Juan Abad), sirve-

me para bautizar este introito, porque en los parrafeos siguientes me lanzo á desflorar, con ingénita gallardía, lo humano, lo divino y *ainda mais*.

Pude también, vistiéndome la clámide airosa de Pedancio (que tanto gusto suele dar á los señores), plagiar á mi grande y buen amigo Arturo el remoquete con que nos dió á conocer uno de sus hijos: *Parerga y Paralipómene*; pues las vagas y ligeras vaciedades, condimento y tropezones de la menestra que tengo la comodidad de serviros, no son, en efecto, más que adiciones, aclaraciones, escolios ó como quiera llamárseles, de los escritos que este libraco encierra.

Para guisotear mi bodrio me limitaré á entresacar del copiador de cartas algunas oraciones que nunca imaginé *viesen la luz pública*, pero que reflejando, siquiera sea en segmentos, mi modo de pensar sobre asuntos varios, ahórranme el trabajo de ponerme,—seriote y grave,—á redactar un *Eptome* ó á escribir mis *Confesiones*.

\* \* \*

Con verdadero rubor, con rubor del auténtico, he leído, querido Victoriano, su amabilísima car-

ta; y, como la chulapa de la zarzuelilla, no he podido menos de tararear *in petto*:

«¡Jesús, Dios Santo,  
no es para tanto!»

¿Que cuándo pariré los otros engendros de que tengo *preñada la mente*?

Misero forzado, sometido á la dura penca del inhumano arráez que tiene por apodo *Negocio*,— como el triste cautivo que

«amarrado á un duro banco  
de una galera turquesca,  
ambas manos en el remo  
y ambos ojos en la tierra»,

ve agotarse su vivir en un trabajo de máquina, anhelando más cada día verse libre y perdiendo con cada nuevo sol una esperanza,—sueño lograr alguna vez enfrascarme en mis aficiones, y temo no conseguirlo nunca.

En artículos de periódico y en cartas particulares deposito de higos á brevas obrillas en estado de canuto, embriones de libros...

\* \* \*

«No es posible llegar á la verdad sino des-  
preñdiéndose de todas las opiniones recibidas  
por tradición.» Algo así me parece que enseñó  
Descartes y me parecè que enseñó una gran cosa.

Sí, majestuoso é imponente H...: llamadme en  
buena hora *iconoclasta*—(¡qué ansia teniais de in-  
troducir la palabreja!)—porque me importan un  
rábano todos los chirimbolos tradicionales que os  
traen á maltraer (religiones, leyes, usos y cos-  
tumbres), pero no os refociléis con la ilusioncilla  
de catequizarme. ¡Ay!, soy un pecador empedernido  
y no habrá quién me saque de mi trote: el  
escepticismo como punto de partida, el criticismo  
como sistema... y acaso, acaso, llegue por ahí al  
dogmatismo de Roma ó á cualquiera otro.

*Opinas*—(¿pero tú te permites opinar?)—que no  
hay en mis escritos cosa nueva, que quiero com-  
ponerme un sayo flamante con arambeles y an-  
drajos, que pretendo servir suculento ágape con  
manidos relieves de ajenas cocinas, en suma, que  
sigo en esto de discurrir y en lo de emborronar  
papel el sistema italiano *di voler far le nozze  
coi fichi secchi?*

¡Oh, terrícola ignaro!

¿Crees tú, menguado de ti, que haya todavía  
quién acuñe ideas *legítimas*?

Afirmaba un bohemio que en Madrid no existen  
más que cien pesetas, las cuales hoy están en ma-  
nos de uno y mañana en las de otro, circulando  
*raudas* y contribuyendo á que la gente se forje la  
ilusión de que hay mucho dinero...

Con las ideas sucede algo análogo: en realidad  
no existen más que un par de docenas. Son las  
que yo llamaría ideas-cifras. Pero como los diez  
guarismos de la numeración arábica, sirven para  
formar infinitas combinaciones... y resolver *la  
mar* de problemas.

\*\*\*

«Perdona,  
Manolo,  
que no lo  
sabía»...

Te doy mi palabra que ignoraba hubieses caído  
del lado de la Iglesia y que mis *disparates* (¡gra-  
cias!) pudiesen *herir tus convicciones*. ¡Y recor-  
dar que rasgueabas con bastante salero la guita-

rra y que en nuestras mocedades—(que ni las del Cid),—eras todo un punto para cualquier juegucita!

Tu homilía me trae á la memoria las celebérrimas coplas del P. Claret, de felice recordación: «Jóvenes que vais bailando,—al infierno vais saltando». Y porque sin duda no lo sabes no me has espetado aquello de:

«La razón, tanto se encumbra,  
tan locamente camina,  
que ya no es luz que ilumina  
sino hoguera que deslumbra».

Claro es que, aunque me lo hubieses dicho, yo, erre que erre: racionalista.

Quienes—¡oh, manes de Calomarde!—sucumbimos aliquando á la funesta manía de pensar, solemos tener la satánica soberbia de no comulgar con ruedas de molino.

Créeme,

«si hay un Dios tras esa altura  
por donde los astros van»

es cosa no muy bien averiguada; sobre todo tratándose del Dios casi antropomorfo de Ripalda, As-

tete & Co. Limited, unas veces benigno y misericordioso, y otras ceñudo, vengativo, implacable...

\*\*\*

Donde el poder establécese sobre la fuerza como base, el castigo no se mide por la gravedad de la culpa en sí misma, sino por el poder soberano, por el derecho supremo del ofendido. En diversas islas de Oceanía, entre los dulces Taitianos como entre los feroces naturales de Fidji, en las monarquihuelas de África como en los magnos imperios de Oriente, la más ligera ofensa, voluntaria ó involuntaria, hacia el jefe ó rey se castiga en el acto con la pena de muerte.

Entre nosotros el ciudadano que en la calle da un empellón al prójimo, expónese á escuchar algo depresivo para su familia y tal vez á recibir un soplamocos de cuello vuelto; mas si, metafóricamente hablando, pisásemos un callo al Padre Eterno, dada la omnipotencia de S. D. M. y guardando la debida proporción, no escaparíamos con una condenilla cualquiera á garrote vil, sino que iríamos á las galeras infernales *per sæcula sæculorum*, Amén. Y si esto no es distribuir la justi-

cia con equidad y aseo vengan desde Minos hasta Magnaud, *le bon juge*, y lo digan.

Bravo sistema el de educar almas como quien amaestra perros: con la alternativa del pan ó el palo.

Bravo sistema ese de amargarnos el vivir haciéndonos creer que á nuestro legítimo anhelo de borrar los dolores del mundo ó á la pasiva conformidad con esos dolores, corresponden matemáticamente el freirse sin interrupción en las calderas de Pero Botero ó el gozar la suprema dicha (un poco bobalicona y monótona, tal vez) de contemplar, por los siglos de los siglos, el plácido semblante de un buen viejo calvo y con toda la barba; ó, expresándome de un modo más *fino*: la condenación eterna y la eterna bienaventuranza, adornadas de todas las sutilezas teológicas.

Mira, ponte la mano en el corazón, admitiendo que todavía uses ese artefacto, y dime si no es la mayor de las infamias, si no es un crimen monstruoso haber engañado á centenares de generaciones, á millones de millones de almas, predicándoles, con fines de tiranía y de esquilmo,

resignación y humildad, adormeciéndoles con la falaz promesa de compensaciones ultraterrenales.....

La felicidad hay que buscarla aquí. Ya sé, ya sé que es difícilillo vislumbrarla siquiera.

\* \* \*

En la penumbra del saloncito...

Veo á usted, peinada como las vírgenes de Botticelli, vistiendo blanco y vaporoso vestido; semejante á las extrañas creaciones de Frá Angélico, en los ojos de las cuales se concentra y brilla con intenso fulgor todo el vivir de un espíritu puro, mientras sus cuerpos desdibujados, de contornos de una vaguedad nebulosa, producen la impresión de lo impalpable; diciendo con suave unción, con tierna gravedad, palabras impregnadas de misteriosa melancolía: «Creo en Dios..... Mi fe y mi esperanza son firmes, sostienen mi alma que después de punzantes congojas se ha fortalecido, no vacila, *sabe* que al fin de la jornada está el premio para los buenos»...

Y sus labios, *Luz*, destilaban gota á gota conceptos humildes...

Y en mis labios trémulos atropellábanse y con-

fundíanse las vibraciones de mi crudo pensar y los efluvios de mi corazón henchido de amor *humano* á la humanidad... Y con lenguaje sordo y emocionado, yo decía que en mi pecho—(contemplando las miserias del mundo, la opresión del fuerte, la degradante hipocresía del débil, el feroz egoísmo de casi todos)—levántase un gemido de angustia, de compasión;

pero á veces también, con fiero empuje  
se eleva, estalla, ruge  
un grito de protesta y rebeldía,  
y maldigo y blasfemo...

Y su mirar límpido, serio, un poco asombrado,  
parecía contestarme:

«Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?»

Quien nos hubiera visto, aun sin escuchar el eco de nuestras voces, habría tal vez adivinado en la dulzura triste de la expresión de usted, en el tranquilo, armonioso, acompasado movimiento de sus labios, que repetía y glosaba la deprimente—¡perdóneme usted!—la *cobarde*: RESIGNACIÓN; en tanto que en mi frente sombría, en mi boca

crispada, habría leído un fragmento del redentor poema de la REBELIÓN, de la rebelión contra toda imposición dogmática, contra toda coacción externa, contra toda limitación al libre desenvolvimiento del individuo, según la ley que cada uno lleva consigo al nacer.

Mi cerebro perezoso, poco ágil, mal dispuesto para las abstracciones, rumia pacientemente sus propias ideas hasta plasmarlas en imágenes concretas.

Así, recordando nuestra conversación de esta mañana, pienso—mientras rápido el tren se precipita sobre los raíles—que el espíritu de usted, espíritu *bien acomodado*, rico de ideas *acuñadas*, de las de *curso legal*, ha emprendido burguesamente el viaje de la vida en confortable *Pullman*, sabiendo de antemano el camino que ha de recorrer antes de llegar al término (término prefijado, pero envuelto en tinieblas), conociendo desde un principio quiénes serán sus compañeros; sin ver jamás sino á través de cristales empañados y de nubes de polvo, el panorama del mundo; bajando la cortinilla cuando un rayo de sol pretende penetrar al estrecho recinto del carro que huele á cripta con sus nichos superpuestos...

É imagino que mi espíritu vagabundo marcha solo á campo traviesa; abrasándose con los rayos del sol, sintiendo frío y hambre y sed; pero vibrante de alegría al nacer la aurora; desfallecido de emoción al morir la tarde; embriagado con el olor de la tierra húmeda, el aroma del heno, el perfume de las flores; musitando el poema de la vida con el acompañamiento, ya piano y dulcísimo del ruiseñor y el arroyuelo, ya en crescendo majestuoso del vendaval que pulsa el arpa gigante de la selva, ya fortísimo y sublime de la catarata que se desploma rugiente y del trueno que rebrama rodando fragoroso en los espacios; alimentándose con los frutos que encuentra en su camino, sin inquirir si tienen propietario; pagando una limosna de amor con mucho más amor; ignorando si mañana amanecerá muerto, muerto para siempre, desgarradas sus entrañas por buitres y lobos en la negrura de espantable sima, ó durmiendo en blando lecho de pétalos de violetas y jazmines plácido sueño, preludio de inefable despertar...

Y pienso que si al término del viaje, ese término envuelto en nieblas, existe la Ciudad Ideal, también yo podría llegar á ella; y pienso que si no existe, el viaje de usted en *Pullman*, en la cárcel de las ideas hechas, en el ataúd de los pre-

juicios, habrá sido un triste y lamentable viaje.

Y pienso muchas cosas más; y rumío muchas veces mis propios pensamientos.

\*  
\*  
\*

¡Somos tan distintos! La triple raíz de la moral (estética-lógica-afectiva) chupa unos jugos en su alma y otros muy diferentes en la mía.

En usted las convicciones religiosas, bien cimentadas, álzanse con la rigidez de una catedral cuya flecha mira constantemente al cielo.

En mí el espíritu, alimentado por informe conjunto de opiniones mal definidas y á veces contradictorias, parece un globo cautivo que unen al suelo apretada red de prejuicios atávicos y los arpones de la razón, pero que expuesto á los embates de todas las corrientes puede cualquier día, sacudido por una racha de sentimientos huracanados, romper las amarras y emancipándose al fin apoderarse del espacio, penetrar en la región de lo desconocido, acaso *más allá del bien y del mal*, en el resplandeciente misterio cuya sola idea nos sacude con el escalofrío de un terror voluptuoso... ó caer desgarrado en nauseabundos fangales.

Para usted la moral ha cristalizado definitivamente en el Decálogo: para mí la moral, como todo, cambia, se perfecciona, siguiendo la ley de la evolución.

A usted su anhelo de justicia, ante las iniquidades del mundo, llévale á creer en otra vida; ideal región de compensaciones, donde el bien logre su premio y el mal se castigue.

Yo, que no concibo claramente un existir extrahumano, ansío poner en este mundo el reino de la justicia.

Me pidió usted que le refiriese las etapas de mi emigración desde la ortodoxia católica al campo de mi seudofilosofía... No vale la pena.

A pesar de un arrechucho místico con veleidades monásticas que padecí en la eflorescencia de la pubertad, es lo cierto que nunca fuí *un creyente*. Como me enseñaron de niño á no poner los codos en la mesa y á no mascar á dos carrillos, á caer en guardia y á parar un *coupé-dé-ga-gé*, así aprendí á santiguarme y á doblar la rodilla en el momento de alzarse la hostia... Fué para mí la religión asunto de *buenas maneras*, de urbanidad, sin que pasase de la superficie, sin romper la cáscara, sin penetrar hasta la almendra.—El encanto sensual de la liturgia romana—

casullas deslumbrantes de oro y pedrería, flores, música, incienso—me causaba deleite físico, positiva embriaguez.

La doctrina del amor, de la piedad, henchía de ternura mi pecho.

Pero la exaltación de la miseria fisiológica, el afán de romper los resortes de la energía humana, el desprecio de la belleza, de la fuerza, de la salud, angustiábanme, parecíanme algo monstruoso, antinatural, insensato; y la idea de torturas *eternas* en castigo de *momentáneas* transgresiones de una ley inicua me llenaba de zozobra, me producía una sorda indignación inexplicable.

El problema de la responsabilidad, del libre arbitrio (antes de que yo supiera lo que esas palabras significan), se planteó en mi conciencia desde muy temprano... y entonces, probablemente, me separé, sin sospecharlo, *del seno de la Iglesia*.

Poco más ó menos hacíame el siguiente razonamiento: ¿Por qué *peca* el hombre? Por natural inclinación invencible; porque ignora el bien; porque conociéndolo y amándolo se siente incapaz de resistir á las pasiones que le arrastran; ó porque escoge el mal voluntariamente, deliberadamente, *libremente*. En los dos primeros casos no hay asomos de libertad y en el tercero la esclavitud

es manifiesta. La libertad, pues, se limitaría al cuarto caso, al de la elección voluntaria y deliberada del mal; pero elección voluntaria del mal no cabe explicárnosla más que por cierta perversidad innata, de suerte que el cuarto caso se reduce en definitiva al primero. — Y así razono todavía.

Partiendo de ahí, claro es que el camino en que me interné tenía que apartarme del que usted sigue.

Sin embargo, nos acerca y nos une el concepto de la caridad: lo que prueba que por encima de todas las religiones y de todas las filosofías, extiende sus alas bienhechoras el Amor.

Bien pones los puntos de tu péñola, mi suculenta amiga, pero llevas mal sendero.

Se defiende con fervoroso brío á la Religión y suele criticarse á los curas. ¡Qué contrasentido! No: critiquemos las religiones y defendamos á los ministros de buena fe.

Soy amigo de bastantes sacerdotes y en mi colección los hay de varias vitolas. ¿Por qué todos, ó casi todos, extraen del cristianismo exclusiva-

mente la nota tétrica, exprimiendo el zumo deprimente y malsano, cuando podrían hacer brillar un mundo risueño con la esencia del amor que hay en esa doctrina?

Al dicho de nuestro Juan de la Sal, de que «santidad con pretales de cascabeles nunca duró ni fué segura», opondría yo las palabras del simpático San Francisco de Sales—(que si viviera hogaño quizá escribiese piececitas del género infimo)—cuando retrucaneaba piadosamente sosteniendo que «*un saint triste est un triste saint*».

\* \* \*

¡Alto á la burra! Ó naciste para guardián de serrallo ó eres un mentecatuelo injerto en hipócrita.

Cuenta el Padre Isla de cierto prójimo que al ver la efigie de algún santo, de busto, decía: «Esa es una friolera; santo, santo de medio cuerpo arriba también lo sería yo: la dificultad está en serlo de medio cuerpo abajo».

Ahi tienes planteada la cuestión. *La dificultad* número uno de tu catolicismo está en la inconcebible aversión al acto genésico, en ese estímulo

á mortificar la carne, á pretender la ruina del cuerpo, ¡á exaltar la continencia constante como una virtud, á mostrarnos la castidad absoluta como un ideal!

¡Y desgraciados de quienes, teniendo sangre y nervios; de quienes, al sentir una febricitante oleada de vida, desoigan los mandatos de la naturaleza! ¡Desgraciados de quienes adelántanse á abrir las puertas á la enfermedad y á la locura, para precipitarse acaso en todas las aberraciones, en todos los vicios, en todas las vergüenzas!

Pero no es el punto de los que pueden tratarse *cálamo currente*. La cuestión sexual tiene á mi juicio una importancia enorme, como que de ella depende la vida toda, — y no mires en esto un juego de palabras.

Tal vez otro día te discuta, con más calma, problema tan complejo.

Entretanto, procura no desbarrar al discurrir de tales cosas,

«y déjale al amor sus glorias ciertas».

\*\*\*

Gracias, monísima Eva, por tu amable carta en que logras aderezar un adarme de compasión con un quintal de ironía.

No, no he consultado á las eminencias médicas sobre el peligro en que me supones de contraer grave afección cardíaca. La respetable viscera á que aludes funciona, fisiológicamente, á maravilla.

Cuando hace mucho tiempo, ¡mucho tiempo!, casi un mes, borracho de amor desfallecí en tus brazos, cuando recliné mi cabeza en tu níveo, suave, firme y elástico seno, en tu seno que, como el de la esposa del Cantar de los Cantares, «es una taza torneada llena de vino aromático», — en «tus dos pechos como dos cervatillos mellizos de corza», — me dormí murmurando: «Panal que destila son tus labios;... miel y leche debajo de tu lengua... ¡Cuán hermosa eres, y qué graciosa, amor mío, en la hora de las delicias!»...

Tú, que no dormías—(¿por qué no dormías?, ¿qué traición imaginabas?)—me dijiste, después, que mi sueño fué al principio hondo y callado, como si la fiebre de tu carne hubiera derretido mi vida; pero que luego tornóse agitado, y me oíste gemir y suspirar y quejarme.

«Es porque me acosté del lado izquierdo»—te

respondí, mientras mordiscaba codicioso la encendida cereza de tus labios. Y temiendo tus bur-las no quise contarte mi tremenda pesadilla de aquella noche.

Mas ya que al escribirme, entre bromas y ver-ras, recordaste mi quejumbroso dormir, te diré cómo fué.

Domados mis sentidos, caí en dulce laxitud, se-pultéme en profundo sopor y sólo en mi ser pare-cían despiertas algunas celdillas del cerebro, para hacerme soñar vagamente que había alcanzado la dicha. ¡Dicha exigua la mía, que no pudo llenar ni el espacio de un sueño!

¡No sé cuándo, el dolor entróseme traidora-mente y sentí que *alguien* me oprimía de una ma-nera horrible el corazón, pero *desde dentro*, como si habiendo crecido en él, ya en él no cupiera. Aunque haciame sollozar el daño, quise que con-tinuase, lo observaba con religiosa curiosidad, parecíame que al romperse el corazón iba á descubrirme el enigma de mi querer, á mostrarme la imagen de *ella*, y con el ansia de gozar el mi-nuto supremo, yo mismo hundi las uñas en la entraña, desgarrándola, abriéndola, y miré an-helante... ¡Oh! allí estaba *ella*: allí contemplé, atónito, un antifaz por el que asomaban, ardien-

tes y burlones, compasivos y duros, enamorados, fríos, tiernos, crueles, dos ojos de mujer, divi-nos ojos verdes,... no, tal vez negros... acaso azules.....

Entonces me oiste gemir y suspirar y quejarme.

\*  
\*  
\*

¿De dónde diantre se ha sacado que la capaci-dad de querer sea limitada, la potencia afectiva tan pobre que *no dé de sí* más que para alumbrar una imagen? Mi pecho es como suntuosa catedral donde cada santa *usufructúa* una capilla... Cier-to es que unas velas se apagan y otras se en-cienden.

La mayoría de los hombres tiene su escalafon-cito de afectos más ó menos superficiales, más ó menos hondos.

Ganas me dan de decirlos á ti y á tu cohorte de monógamos: «¡Ea, caballeros, sean ustedes francos y confiesen lealmente—lo mismo el grave magis-trado que el humilde limpiabotas, el ventripotente canónigo que el dómine escualido, el prosaico ne-gociante que el melifluo trovero modernista—con-fiesen y proclamen que se les hace la boca agua admirando el postín de la empingorotada princi-

pesa, la estampa de una jamona de buen ver, el garbo de ciertas chiquillas de gentil trapío, morenas desvertebrantes ó rubias delicuescentes, viudas, casadas, solteras; confiesen y proclamen que unas por *esto* y otras por *aquello*, ya por la belleza en sus diferentes grados, ya por la gracia en sus distintos matices, las mujeres, en plural, se les meten por los ojos hasta adueñarseles del alma, y unas les producen emociones que ustedes se imaginan puramente espirituales, platónicas, y otras les torturan y atencan la carne con fiebres de deseo, pero á unas y á otras *quieren...*»

Amar á una sola mujer sería contentarse con una flor entre todas las flores, con un perfume entre todos los perfumes, con un solo color de la paleta de la luz, con una sola nota aislada en la magna sinfonía de la creación.

Maruja, *Lucifer*, Cora, *Marina*, Sara... *entre todas*, ¡qué felices habéis hecho mis pocos días felices!

Sí, seamos sinceros: el hombre *no puede* limitarse á querer á una sola mujer; *es natural* que quiera á varias... ¿Verdad, caballeros?

Pero la medalla tiene su reverso de una lógica aplastante. Si admitimos que el hombre puede

querer á muchas mujeres, sucesiva ó simultáneamente, admitamos que la mujer puede querer á varios hombres.

¿Os subleváis, amables tartufos? ¿Vuestro brutal egoísmo de machos se alza sobre la tribuna de seculares prejuicios para protestar contra ese derecho de las hembras? ¡Sois unos imbéciles y unos malvados!

¡Oh! Ya sé en qué hacéis estribar la diferencia. El hombre engendra y, gentilmente, *guarda e passa*; en tanto que la mujer concibe y ya le cayó quehacer, porque la cosa no es fácil de ocultar si no puede cubrir la mercancía con el pabellón de su estado civil de casada; y, si es casada, los más escrupulosos, aquellos que alardean de usar conciencia, encontrarán que el intruso roba á sus hermanos maternos una parte de los bienes del padre de aquéllos... Y ahí duele: los bienes, *la propiedad...* ¡Siempre lo mismo, el miserable interés como alma del maniquí social!

Creo que he descendido al terreno doctoral y campanudo: elevémonos recordando, á modo de síntesis, las eminentes palabras del *Padre Cobos*:

«Si el progreso progresa y se equilibra,  
el hombre es libre y la mujer es libra».

Tu verba regocijada y maleante desgránase en risas comentando el casorio de la pobre C. con el repulsivo carcamal de J., majadero fardado de rumbo y fachenda, ahito de pecunia, con tantas lacras como honores y menos honor que salud...

A mí esa boda me entristece.

¡Oh, el día que cualquier viejo vicioso, roído por sucia lubricidad no pueda—como hoy puede, si es rico—escoger, cual manzanas en canasto—mirándolas, oliéndolas, palpándolas—la más fresca, la de carne más firme y sana, la más apetitosa, la más codiciable, la más linda de las mujeres, para babosearla con caricias infames, para someterla torpemente á una posesión nauseabunda!...

¡Oh, el día que cese la estúpida fascinación de los nombres sonoros, el absurdo atractivo de los fetiches nobiliarios, esa extraña locura de vanidad que lleva hogaño vírgenes hermosísimas, hembras admirables—dignas de la cópula de un semidiós—al tálamo irrisorio de aristócratas averiados, pa-

tulea carcomida por la crapulosa holganza de veinticinco generaciones!...

¡Oh, el día que la farsa y la ambición se borren de nuestros pechos y hasta del humano lenguaje, y el amor, sólo el amor, atraiga y sujete, con lazos cuanto más suaves más íntimos, á la mujer y al hombre!

Y no ha de ser tal amor esa enloquecedora fiebre de los sentidos que muerde la carne con dentellada de fuego, que incendia las entrañas, abrasa las fauces, inyecta los ojos, crispa las manos codiciosas de contactos sensuales y convierte á la *prole de Adán* en piara de bestias en celo...

Y no ha de ser tal amor la empalagosa beatitud de angelotes castrados, sumidos en una contemplación infecunda y malsana.

Ha de ser la íntima, la desinteresada, la armoniosa, la llena de dulces misterios, la pródiga de ternura, la inefable fusión de cuerpos y almas; fusión creadora y potente; amor humano, esencialmente humano, que es el más divino amor.

No te sorprenda, criticón Mariano, el tono grave en que te escribo. Pasa hoy mi espíritu por una de esas crisis de misticismo en que solemos

caer cuando el flamear de un sentimiento fervoroso derrite las alas de cera de la razón.

Estoy entresacando de mi correspondencia, para incluirlas en un tomo que preparo, algunas opiniones formuladas por mí en épocas distintas; y de ellas se desprende como una glosa de aquel verso: «Un mismo amor puede tener cien nombres».

He creído siempre que la raíz erótica penetraba muy adentro en mi corazón y que ella sustentaba un tallo vigoroso cubierto de nuevas flores cada primavera; he creído con el poeta que es el amor

imagen de una fuente:  
el agua pasa; el manantial subsiste;

he predicado la legitimidad de los quererres múltiples... y me detengo afligido presenciando la lucha entre mi orgullosa razón y el sentimiento que estalla formidable y arrolla — como hinchado torrente una barrera de cañas — los datos de la experiencia, las conclusiones del juicio.

«*Le cœur à ses raisons, que la raison ne connaît point!*».

La quiero, *à ella*, de una manera exclusiva; y si este amor la Naturaleza burlona y sabia disimula la atracción sexual, si no hay más que una

añagaza del genio de la especie, el artificio es hábil, *à fe mía*; pues si mirándome en los ojos de mi amada, besando su boca, estrechándola en mis brazos, he solido sentir que era amo y señor de su cuerpo; ahora, *à solas conmigo*, lejos de ella, interrogándome, no me tortura la posibilidad de perder para siempre la posesión de ese cuerpo; y *creo*, con toda la firmeza de la fe de los mártires, en la inmutable constancia de mi amor.

A veces he pensado que ella no me quería; he pensado, también, que podría dejar de quererla y he intentado la prueba; mas ya, quiérame ó no, *siento* que sólo *à ella* he querido, que sólo *à ella* quiero, que sólo *à ella* querré. — Y, sin embargo, la razón no se da por vencida, me afirma, asegura, sostiene y repite que el tiempo y la distancia, placeres y penas, nuevas imágenes y otros afectos oscurecerán, esfumarán, borrarán la imagen que adoro, el cariño que es mi vida.

«Que conforme á la experiencia  
de un doctor,

es un bálsamo la ausencia  
que cura males de amor».

¿Pero eso puede ser? La Razón y la Experiencia

cia, sesudas matronas sin alma, dicen que eso puede ser.

Después de todo, ¿qué importa que sea, si para un amor como el mío la eternidad es un momento y un momento es la eternidad? — Sí, soy leal, absolutamente leal, cuando, poniendo toda mi alma en los labios, juro que la querré siempre, siempre... aunque un día llegue que al pasar junto á ella los dos sintamos en nuestros corazones la impresión del vacío.

Me obstino en ajustar mi conducta á los dictados de la razón escueta; pero en el fondo soy un sentimental incorregible.

«Que es inútil la más pura  
contrición,  
si abona nuestra ternura  
flaquezas del corazón».

Creo que mucho se me perdonará, porque he amado mucho.

En este momento reniego de ti, maestro Schopenhauer, reniego de ti y abomino de tu nefanda doctrina del amor fisiológico.

Platonismo que ridiculicé tanto, ¡bendito seas!  
¿Qué soy inconsecuente conmigo mismo? Sin

duda: y prefiero contradecirme mil veces, siendo siempre sincero, al orgulloso é hipócrita prurito de *parecer* hombre de convicciones *firmas*. ¿Quién, que no esté trastornado por dogmas estupefacientes ó enloquecido por insensatas exaltaciones, será capaz de reconocer en su fuero interno que siquiera un instante ha poseído un reflejo de la Verdad absoluta?

Sueles llamarme *materialista* porque declaro que *no sé* lo qué es el alma. ¿Lo sabes tú, acaso? Conocemos los efectos del calor y los de la electricidad, ¿pero sabemos qué es la electricidad y qué es el calor? En suma: ¿sabemos algo de las causas primeras? — Por eso yo no niego que existan; dudo que sean como pretenden quienes han tenido la soberbia de definir las en términos concretos, groseramente, casi como algo tangible.

¡Si en el fondo resulto mucho más *espiritualista* que tú!

Yo, que admito sin dificultad la posible evolución desde el protista al superhombre, escandalizando tu concepto del génesis, yo, anhelo y busco la verdad, el amor, la justicia, y pienso que hay goces más altos, más puros, más hondos que los que te preocupan y te parecen únicos, que los

placeres y el logro de la fortuna instrumento de placer.

Me parece absurdo clasificar las almas como fichas de juego, por colores. Nuestro cerebro es el prisma en que se descompone la luz de la vida tiñendo de distintos matices nuestras ideas, según la posición en que estemos colocados. El menor cambio de postura hace que los colores del iris se desparramen sobre otras zonas de nuestro espíritu, trocando en rosa ó azul celeste lo que era rojo de sangre ó tristón ultra-violeta.

¡Misericordia!

Sin duda anteanoche te acostaste idiota y ayer amaneciste además superñoño. Bien, chico, bien. La moral, caserita; los lugares comunes, muy comunes; las memeces de estilo... *¡Toute la lyre!* Estás á la altura de un párvulo de la doctrina y voy, por tanto, á contestarte en forma de catecismo.

P. Decid, niño: ¿conocéis algo más indigno, más bajo, más repugnante que la prostitución?

R. Sí, conozco la prostitución *reglamentada*, elevada al rango de otras instituciones sociales,

vigilada, y más que vigilada protegida—y en consecuencia fomentada—por los gobiernos celosos que se convierten así en rufianes (*souteneurs*) y alcahuetes.

P. Y en esa escala de infamia, ¿cabe todavía algo más torpe, más inicuo, más hondamente inmoral que la prostitución reglamentada?

R. Sí, cabe: es mucho más inmoral el matrimonio, la unión *forzosa*, el fornicio *obligatorio*, con la coacción externa de leyes y religiones, ya sea en su aspecto más odioso, de lazo absolutamente indisoluble, ya en la forma atenuada, con la puerta de escape del divorcio en sus distintos grados.

Veo desde aquí la cara de macho cabrío triste que pondrás cuando leas estas irreverentes líneas. ¡Qué horror! ¡Qué desvergüenzas digo del *sacramento!*

No te acongojes: esa y otras vejeces que parecían intangibles «cuando Fernando sétimo—gastaba paletó», ahora nos indignan ó nos mueven á risa.

¡Todo está patas arriba!

No desespero de que mañana se tome como estandarte la salida del epigramático Villergas:

«Ya en Méjico han proclamado el matrimonio *civil*:

«Mirad si hemos progresado»; gritaba el soltero Gil.

Pero el casado Pascual se lamentaba y decía que más progreso sería proclamarlo *criminal*».

¿Indignéseme usted, señora mía, por lo que hace poco hube de escribir á H. y que ese zángano creyó de muy buen gusto leerle? Pues aunque á usted le parezca una herejía, aunque frunciendo amenazadora el entrecejo y alargando con su peculiar mohín el sonrosado hociquito, me llame «monstruo» y otras cosas, declaro que en aquella carta expuse lisa y llanamente mis ideas acerca del matrimonio.

No mojaré hoy la pluma en el tintero de los satíricos; no retorceré el chiste fácil; me abstendré de tratar en tono de jácara asunto de tal trascendencia; pero permitidme, *Catona* amenísima, insistir en sostener que siendo el amor el más hondo de los sentimientos humanos, el menos sus-

ceptible de quebrantarse por las modificaciones sociales, al que debemos nuestras más grandes alegrías y nuestros dolores más grandes, es inhumano, es inmoral esclavizarle como de manera evidente se le esclaviza en la prostitución y en el matrimonio.

El lazo indisoluble es de un efecto desastroso para la duración de las uniones y su moralidad.

Nada nos tienta tanto como lo prohibido...

«Flérída para mí dulce y sabrosa más que la fruta del cercado ajeno».

¿Me pide usted el remedio?... El amor libre.

¡Jesús, María y José!

Santígüese usted tres veces.

Sí, señora: el Amor Libre.

Es usted demasiado inteligente para imaginar que yo preconice los ayuntamientos á salto de mata y el desenfreno de las pasiones carnales.

Entiendo por amor libre la facultad de unirse hombre y mujer *á gusto de ambos*, de hacer durar la unión mientras sea *á gusto de ambos*, precisamente de ambos, y de romperla cuando ya no sea *del gusto de ambos*.

Sobre este capítulo podría escribir todo un

libro; pero me ahorran la tarea Charles Albert, en un trabajo muy conocido, Grave y muchos más en diversos pasajes de sus obras. Cuando venga usted á casa, en mi biblioteca, estantería de la izquierda, segunda división, tercera tabla, encontrará usted los escritos de aquellos varones—codeándose, por cierto, con San Agustín, Balmes, Aparisi y Guijarro, Raulica, etc., etc.—y puede usted llevarse los sin que yo me entere.

Copio de la *Filosofía del Anarquismo*: «Asegúrese resueltamente que la supresión de todos los lazos convencionales, permitiéndonos hacer á la luz del sol lo que hoy se ejecuta con la mayor hipocresía, no nos conducirá á los orgiásticos excesos del Directorio, ni á las bacanales de la burguesía emancipada. Es evidente que, durante los primeros años que siguen á una revolución, reina cierto desorden en las ideas y en las costumbres. *Pero el tiempo encárgase de educar á las generaciones, la agitación se calma, desaparecen poco á poco los excesos y se establece el equilibrio sobre otra base y con mayor estabilidad*».

Digo antes que la clave del amor libre está en que la unión sea á gusto de ambos interesados. Y preguntará Vucencia: ¿cómo resolver el conflicto

cuando dos hombres amen á una misma mujer y ésta sólo corresponda al amor de uno de ellos?— El cantar dice que:

«Cuando uno quiere á una  
y esa una no le quiere,  
es lo mismo que si un calvo  
se encuentra en la calle un peine».

Pero los cantares, como los proverbios—esas píldoras de *sabiduría popular*—dicen muchas perogrulladas que nada solucionan. En el caso en cuestión, lo más probable es que los dos machos se rompan el bautismo, ó que el desdenado, si es muy bruto, desencuaderne á la desdenosa. El problemita habrá de presentarse con alguna frecuencia. Basta recordar lo que dijo Sor Juana Inés de la Cruz:

«Al que ingrato me deja busco amante,  
al que amante me sigue dejó ingrata,  
constante adoro á quien mi amor maltrata,  
maltrato á quien mi amor busca constante».

Y no sé quien, algún clásico, nos confió el secreto de que:

«Alcipe ama á Damón, Damón á Clori,  
arde Clori por Tirsi, Tirsi ingrato

por Dafne, Dafne está entregada á Glauco, en Glauco no hay amor»...

Sigo copiando de Malato: «¿Serán esos conflictos más peligrosos para el cuerpo social cuando no existan códigos y jueces que los castiguen? No, porque no serán más que casos aislados, lamentables sin duda, pero que todas las leyes y todos los magistrados del mundo no sabrían evitar. ¿Pueden actualmente las disposiciones legislativas y los gendarmes de á pie y de á caballo impedir que cualquier celoso se vengue de una mujer infiel?»

Mientras subsista la propiedad particular en la forma presente, no podremos llegar á prescindir de la familia, tal como hoy se constituye, del grupo puramente animal, de fondo egoísta. En una sociedad como la muy amena que disfrutamos, en una sociedad capitalista donde lo *tuyo* y lo *mío* son nervio de la vida, el amor libre dejaría siempre en el aire el problema de los hijos, es decir, el problema de la sociedad del día siguiente.

Ya imagino que, mirándome con horror y llamando angustiada á sus retoños, exclama usted:

«¡Hijos de mis entrañas!»; como si yo pretendiera mandarlos á la Inclusa. No, amiga mía, no aspiro á que nos desentendamos de los hijos propios, á que los amemos menos que á los del vecino. Sueño con amarlos más, mucho más de lo que hoy se les ama, y sobre todo *mejor*; y querría que tanto y tan bien como á ellos amásemos á los demás. Nada de mermar el afecto á los de casa; pero si aumentárselo á los de fuera. Esto no cabe ahora porque en todo muñeco ajeno vemos, inconsciente, instintivamente, *un competidor* del muñeco propio, un enemigo, alguien que le va á disputar en la vida todos los puestos, los goces todos.

Cuando lo *tuyo* y lo *mío* hayan dejado de tener el significado corriente, nuestros hijos—(los de usted, los míos, los de Juan, Pedro y Diego)—vivirían como hermanos y podremos quererlos á todos por igual. ¿Utopía?... El amor libre puede parecer absurdo, monstruoso, si no se le considera como consecuencia lógica, conquista legítima, de la anarquía: su establecimiento debe ser el *término aparente actual* de la evolución. Y digo *actual* porque mañana el límite tal vez sea otro problema todavía no planteado; y le llamo *aparente* porque la evolución no tiene, no puede

tener un término real: la evolución es indefinida, nuestro anhelo de perfeccionamiento inextinguible.

Buenas noches, señora. ¡Dios os guarde!

¡Hispete, pavo!

Ya sé—¡oh, pingüe clérigo—que en la tertulia de las de A. me pusistes como digan dueñas, esponjándote de noble y caritativo orgullo al ver que con tus latines macarrónicos y tu resoplar de cetáceo me colocabas, en concepto de aquel católico concurso, á la altura de la fresa...

No temas mis represalias. Las pomposas vaciedades de vuesa paternidad y los aspavientos de aquel puñado de beatas en adobo, muévenme á piadosa conmiseración.

¿Qué sabes tú, ambulante tubo digestivo, qué sabes tú del espíritu y sus aledaños?

Apuraste el socorrido tema de la impiedad de los tiempos, de la falta de creencias, de la acción *deletérea* del liberalismo... y te diste lustre ante aquellas viejas bobas que han de reputarte pensador de altos vuelos por haber dicho (siquier fuese con muchísima menos elegancia que don Gaspar):

«Ruedan los tronos, ruedan los altares:  
reyes, naciones, genios y colosos  
pasan como las ondas de los mares  
empujados por vientos borrascosos»;

habilitándonos de *vientos borrascosos* á los cuatro chicos (y algunos grandes) que nos pasamos debajo de la pierna los clisés ideológicos de que tienes cursivamente amueblado el cráneo.

Amén de llamarme *ateo estúpido* (¡las paredes oyen!) y otras lindezas del mismo jaez, horrorizaste á las pobres damas—cuyo rico chocolate preveo, ¡ay!, que para mí acabóse—declarándoles que soy *anarquista*. ¡Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero!... Y aquello fué un chorro de jaculatorias.

¿Y qué es la anarquía?

Aunque ni tú ni yo sabemos griego, á los dos se nos alcanza que *anarquía*, etimológicamente, significa «sin gobierno»; es decir, el estado de una agrupación humana que ignora los mandones, que vive sin reconocer autoridad alguna. Dentro de esa definición, por aspirante de anarquista me tengo.

Sin embargo, pongamos los puntos sobre las

ies; precisemos un poco la definicioncilla, pues tal como la he formulado cobijaría á Ravachol y á Nietzche, siendo infranqueable la distancia que separa á uno de otro y á mí de ambos.

Los que en libros y periódicos, en calles y plazas, con verbo inspirado, con estilo fogoso de profetas y redentores predicán la fraternidad universal, el amor sin límites á todo el género humano, y subrayan sus generosas doctrinas, sus admirables ditirambos, volando edificios, dinamitando con la ciega ferocidad del implacable destino madres que amamantan seres inocentes, ancianos antes heridos por las inclemencias del vivir, pobres ó ricos, desdichados ó felices, prójimos que, á pesar de no comprender la grandeza y sublimidad del credo anárquico, no son más culpables que el ciego de nacimiento que no acierta á definir la magia de la luz; los que pretenden escalar el almo cielo de la misericordia y el amor amontonando con espíritu hostil, de amenaza, de perturbación, de lucha, de violencia, pirámides de víctimas ensangrentadas, ¡malditos sean, malditos sean por siempre!

Los nietzchianos apologistas de un individualismo sin freno, quienes exaltan las pasiones y los apetitos, defienden la guerra, proclaman la moral

del más fuerte y glorifican el egoísmo; quienes despiadados gozarían horrible felicidad si al hundirse una raza flotasen ellos, la media docena de pseudo-superhombres, ¡malditos sean, malditos sean por siempre!

Los que siguiendo á Tolstoi, el visionario apocalíptico, huyen de la espantosa lucha para caer en el extremo contrario, en la resistencia pasiva, en la infecunda inacción; esos que desconocen que la idea pura es inerte, que para convertirla en fuerza hay que inflamarla con la voluntad y el sentimiento, ¡malditos sean, malditos sean por siempre!

Soy individualista para mejor servir á la sociedad. Quiero ser *yo*, cada vez más *yo mismo*, y que cada prójimo sea *él*, precisamente él y no otro.

Cultivemos la propia personalidad, no para caer en morboso narcisismo, sino para merecer la ventura de procurársela á alguien, á muchos, á todos.

El individualismo, formidable fuerza motriz, puede con torpe dirección hacernos descarrilar hacia un insensato orgullo.

En la tragicomedia del mundo, qué distancia la recorrida desde el hombre-cosa hasta el hom-

bre divinidad, desde el motilón de *Los Madgyares* que canta grotescamente, limitando su misera personalidad:

«Ego sum el leguito del convento,  
ego sum *campanero y sacristán*»,

hasta Gabriel de Medina, *El loco Dios*, al decir con acento enigmático, con vaguedad profunda:  
«¡Yo soy quien soy!»

Moldeemos nuestro ser en la turquesa de nuestro particular ideal altruista, y burilemos todos los días nuestra propia obra.

Los estoicos «cincelaban su estatua», pero no sabían infundirle vida, les faltaba el soplo del amor: *Pedro Martir*, la extraña criatura de Ganimet, es de un orgullo deprimente, de una enfermiza egolatría disimulada, de una grandeza desoladora cuando silba,—como una llamarada sin calor:—

«Ser yo mi propio escultor  
con el cincel del dolor:  
*solo*, sin Dios, esto fué  
lo que en mis sueños soñé»...

¿No *unes* lo que voy diciendo? ¿No atas cabos? ¿Te parece mi prosa *asaz* deshilvanada y confusa? Naturalmente: es prosa anárquica.

¿Que á todo esto no he completado la definición? ¡Bah!, ¿qué importan definiciones?

Lo que pretendo con mi individualismo anarquista es acercarme á la plenitud del ser, y quisiera que á esa plenitud se acercasen todos: aspiro á la armonía de las necesidades de todos los seres, á la libertad absoluta de cada uno, dentro de la absoluta solidaridad humana.

Sin duda murmurarás socarronamente:—¡Largo me lo fiáis!

«Mas, ¿cuándo no tardó bien que se aguarda?»

De seguro estarás pasmado de ver que te dedico tan extensa carta: no es para tí; no la entiendes; estoy escribiéndola para mí mismo.

Y colorín colorao. Creo haberte hinchado las medidas. Que te alivies, abate Pirracas.

\* \* \*

Leía *La vida humilde*, un tomo de versos de Blanco Belmonte, lleno de amor, caldeado

por noble fuego de simpatía, de piedad para los que sufren, para los pobres de bienes y más pobres de ventura. Leía *La vida humilde*, y la noche avanzaba, y yo iba glosando las ternuras del poeta con mis propias ternuras; cuando por el entreabierto ventanal de mi estudio se coló de rondón, brutalmente, una bocanada soez de blasfemias que parecían flotar en vaho y fermento de pulque. Me asomé: en aquel instante doblaba la esquina una turba desharrapada y pestilente, ebria y ronca. Era el pueblo soberano que celebraba cualquier fecha gloriosa. El innoble alud pasó dejando como un reguero de obscenidades. Quedé aterrado.

Por uno de esos extraños fenómenos de ideación, de súbito recordé estas palabras de un escritor generoso: «El odio es estéril, solamente el amor es fecundo..... y el polvo de oro que al vibrar desprenden sus alas, es el polen universal que transmite la vida en el tiempo y en el espacio infinitos».

Los rezagados de la horda iban comentando con salvajes risotadas sus fazañosos fechos: habían apedreado tiendas, roto cristales, insultado á pacíficos transeuntes; y un racimo de valientes acababa de apuñalar, en plena Avenida Juárez, el esquelético jaco de un coche de sitio... ¡ja, ja, ja!... ¡Viva Chi...huahual.

Sentí una opresión penosísima. Tuve ganas de llorar; lloré por dentro.

¡Qué dolor y qué asco me causaron aquellas repugnantes caricaturas de tiranuelos empequeñecidos, aquella plebe trágica, aquella inmunda gusana de criminales, aquel turbio y fangoso torrente de pasiones que inundaba la ciudad como si hubiesen reventado cien cloacas!...

Miré afligido la mesa en que se apilan estudios de Bakounine, Malato, Faure, Kropotkine, Réclus, Malatesta, Lluria..... y luego volví los ojos, como á un islote de salvación, al estante en que tengo olvidados libros religiosos—¡mi Kempis!—y obras de derecho, y sentí desfallecida mi fe en el hombre, y entibiados los fervorosos anhelos de verle redimido, y suspiré por la agonía de dogmas y leyes que han mantenido aherrojada y opresa la estúpida humanidad...

¿También tú te apellidas anarquista? ¡Qué desencanto! Yo te creí sencillamente un bribón con inclinaciones rufianescas.

Y dime, ¿por qué eres tan desaliñado en el vestir, tan repugnante y mal oliente?..... ¿Que eso es muy *democrático*? No, ciudadano: eso es muy sucio, y nada más. ¿Desde cuándo habrán reñido las ideas *avanzadas* y el aseo, la anarquía y el jabón?

La igualdad,—la igualdad relativa, muy relativa,—no debemos buscarla descendiendo al nivel del lodo, sino ayudando á salir de él á quienes hubieren caído, levantándolos hasta nosotros, previa una tónica ducha y el paso por la estufilla de desinfección.

Anhelaba Enrique IV que sus vasallos, sin distinciones, pudieran poner diariamente «la poule au pot». Yo soy mucho más ambicioso: creo que sólo estaremos en camino de salvarnos, cuando toda la humanidad se bañe todos los días.

\* \* \*

¡Oh, tú, venusto y verecundo efebo  
que al léxicon tremando te apropias  
y con pinzas asépticas escoges  
tus vocablos pulquérrimos!  
permíteme, ¡caray!, que no te siga,  
y déjame escribir como yo quiera.

Me va pareciendo mucho cuento la cantinela de que mi estilo peca de arrufaldado y cinedológico.

Días atrás un pensador, que sin que le conozca personalmente me inspira la más honda simpatía, decíame en una de sus cartas: «¿Por qué no escribe usted para el público?» Y hube de responderle: Porque «mi médico, mis amigos—y los que me quieren bien»—opinan que no pueden decirse las cosas que yo digo, y sobre todo, como yo las digo.

A su entender (al de quienes *me quieren*), el secreto del escritor consiste en emplear constantemente el eufemismo para ocultar... la tontería.

«En mar de frases, soledad de ideas».

¡Qué daño les produce el empleo de las palabras adecuadas! De alguno de éstos escribió sin duda «*l'altísimo poeta*»:

«Conozco un oculista  
tan circunspecto,  
que hasta á las almorranas  
les llama orzuelos».

Hay Ermeguncios que darían un párpado y el epitelio del otro por ver que su cocinera gongorizase; y no me toleran mi modesto humorismo

sin trascendencia, mi suave *persiflage*, que dirían los *golfos* del Quai d'Orsay, ó sencillo *pitorreo*, como traducirían los *diplomáticos*, de la Ronda de Embajadores.

Y es lo grande que otros me tildan precisamente de meterme en honduras, de usar terminachos pedantescos... No sabe uno á qué carta quedarse.

Así, pues, Fulanita, Menganita, Zutano, Perencejo, etc., etc.: por si con este *Pisto Epistolar*, no estuviereis empachados, si aun os hallareis con estómago para leerme, recordaré, á modo de invitación, el principio de un romance de aquel excelso y admirable señor consorte de Cetina, y por juro propio de la Torre de Juan Abad:

«Anilla, dame atención,  
que es dádiva que no empobra,  
mientras que *culti picaña*  
mi musa se desabrocha».

G. DE M.

Méjico, 1906.

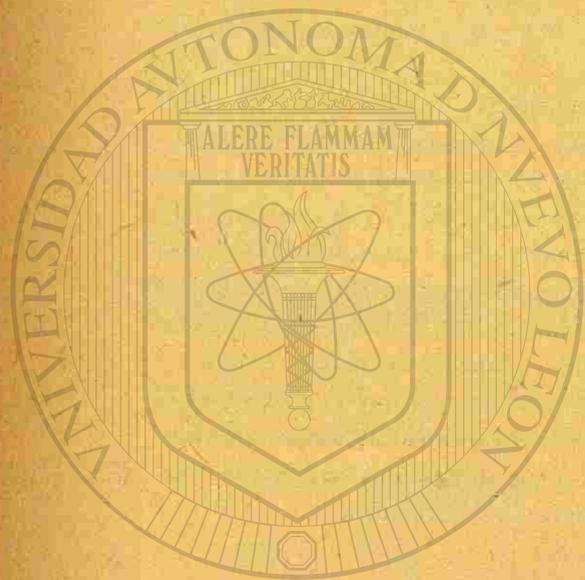
*Post scriptum:*

Desde los dulcamaras como el Dr. Munyon hasta el último vate rústico, cuantos publican

ahora un folleto cualquiera engalánarlo con su efigie, para solaz y deleite de lectoras impresionables. Yo no he de hacer menos: aquí va mi retrato.

Ateo (¿?), anarquista (!) y partidario del amor libre y del hablar sin trabas, quien no me conozca me supondrá macilento, con la hirsuta cabellera en desorden, las barbasas vírgenes de peine y tijera, el mirar receloso y feroz; y se equivocará. Soy calvo, cariharto, barbirruccio, llevo los mostachos fotuamente á la *kaiser*, uso la mirada impertinentuela y dulzona de miope, tengo, en suma, un tipo de infame burgués, con bastantes más años de los que yo quisiera, aunque bastantes menos de los que represento, es decir, treinta y seis muy cumplidos y holgados...

Vale.



¡Yo, literato!

Méjico, 20 de Mayo de 1904

SR. D. ENRIQUE DE ZAVALA Y RECALDE

San Luís Potosí

Querido Enrique: En tu carta última, tan agradable como todas las tuyas, dícesme haber leído en *El Imparcial* la noticia de que asistí á una sesión de cierto círculo literario, y quieres saber qué pito fui á tocar ó á santo de qué me invitaron. Satisfaré tu curiosidad; pero ármate de paciencia, que hoy siento la pluma incontinente.

Figúrate que en una reciente cena del «Liceo Altamirano», don Telesforo García, cegado por el cariño que me profesa, tuvo la humorada de proponerme para socio; apoyó la proposición Dávalos, que es la benevolencia andando, y todos los demás «señores del margen», que seguramente

no me conocían ni de oídas, víctimas de su excesiva credulidad, tragáronse el anzuelo y decidieron admitirme.

Sospecho que haya sido la escena remedo de aquella de *Los Hugonotes*, de Miguel Echegaray: «¿Pueden entrar los catecúmenos en el templo?»—«¡Pchs!, por mí, que entren». Y héteme aquí á las puertas del Parnaso, ascendido á la categoría de acólito honorario, ó cosa así, en la religión de Apolo.

Mi presentación hizose la noche, para siempre memorable, del 29 de Abril. Presidía,—con el culto y delicadísimo Casasús, traductor insigne, de los insignes poetas latinos,—un amable huésped, don Rafael Delgado, autor de *La Calandria*, *Los Parientes Ricos*, y otras novelas de lo mejorcito que aquí se ha hecho.

La verdad es que, mirándome en aquel cenáculo (y nunca mejor pudo aplicarse el nombre á una reunión literaria), viéndome entre aquel grupo de intelectuales (como ahora es moda decir), codeádomme con el desenfadado y elegante Dávalos y con el meticoloso y pulquérriimo maestro de maestros, don Rafael Angel de la Peña,—que abriendo desmesuradamente los ojos, no parecía cerrar los oídos á las picardías dichas en tono socarrón

y malicioso por mi don Telesforo, el de la Socrática testa y el de volteriano pensar; compartiendo el pan y la sal con vates como Nervo, Valenzuela y Fernández Granados; y con Salado Alvarez, el burilador de la prosa «polidá», tersa y galana; y con el perspicaz *Micrós*, que me sugiere la idea de una «punta de París», de un «alfilerillo», por lo fino, acerado, agudo y penetrante; y con tantos otros ingenios, sentíame más corrido que perro con maza.

Por fortuna, agarrándome á la sabiduría popular, como quien se agarra á un clavo ardiendo, me dije que «el que no se consuela, es porque no quiere», y consoléme pensando en el singularísimo carácter de las sesiones de aquel Liceo.

Ya el travieso *Monaguillo*, que olvidado de su viejo humor apicarado y maleante, yace casi sepulto en las arideces de la ciencia económica, me había prevenido que mi sacratísima obligación se limitaba á cenar lo mejor que pudiese. Y eso hice bien.

Entretanto, ocurriánseme atropelladamente numerosas ideas, pugnando por salir de mis labios que cerraba con firmísimo candado innata é incurable timidez.

Iba en mis íntimas lucubraciones desarrollando

un tema interesantísimo que parece mote, lema ó divisa del «Liceo»: ¡*Literatura y Cocina!*

¡Ah! si Dios me hubiese llamado por el camino de la oratoria, como á Urueta, ¡qué discurso habría yo pronunciado emulando el de las Armas y las Letras, qué discursazo habría hecho sobre las Pénolas y los Tenedores! En él hubiesen quizá encontrado mis consocios una razón que excusase mi presencia entre ellos, que si todos son capaces de escribir sendas obras bonísimas, á nadie cedo en capacidad para engullir muy buenas chuletas.

Ese procedimiento gastronómico-literario envuelve un verdadero sistema filosófico en perfecta armonía con la trascendental sentencia de *La Verbena de la Paloma*: «¡Hoy las ciencias adelantan, que es una barbaridad!»

Sí, hoy que tan estrechas ligas existen entre la psicología y la fisiología, hoy que á fuerza de análisis microscópicas, persiguiendo el secreto de la vida, casi se espiritualiza la materia, y, en cambio, se somete á peso y medida el pensamiento, debemos conceptuar legítimo el maridaje de Homero y Vatel, de Lope de Vega y Brillat-Savarin; debemos ensalzar á los hombres de miras amplias y generosas que dividen sus amores entre el tintero y la cazuela,—desde el incomparable fantaseador

que engendrara *Los tres Mosqueteros* y el *Diccionario de Cocina*, hasta el cascabelero Pérez Zúñiga, que pulsando la lira, se acerca al fogón para regalarnos con su *Cocina Cómica*.

Yo, como aquel que

«sintió ó presumió sentir  
en Cádiz repercutir  
un beso dado en Cantón»,

imagino que hoy repercuten en los ámbitos del Universo las substanciosas palabras del Apóstol: «tripas llevan cerebro».

Acabo de recibir, elegantemente impreso en la casa editorial «La Vida Literaria», un libro precioso, *El Cocinero de las Familias*, obra que supongo escribiría con pluma de ave su autor, cocinero y mayordomo... y biólogo y psicópata, ¡Échale guindas!

Si la virtud es un producto, como el azúcar y el vitriolo, concedamos que en el laboratorio de un estómago bien nutrido y que funciona con regularidad, se ocultan las sublimes fórmulas de todas las ideas nobles y levantadas.

Dicen que «Cervantes no cenó cuando concluyó el Quijote», y es probable que tampoco cenara

otra porción de noches. ¿Qué maravillas no nos habría legado á tener un abono en casa de Sylvain?

A los estadistas, á los gobiernos, les diría yo: ¿queréis tener en vuestro pueblo abundante cosecha de filósofos, de hombres de ciencia, de artistas?, pues empezad creando numerosas academias de hábiles cocineros.

Hasta la religión, en su aspecto amable y risueño, es cuestión de estómago. Todos conocemos la historia de aquel rollizo canónigo que «nunca á Dios llamó bueno, hasta después de comer»; y todos conocemos también aquel edificantísimo *poema*, en que describiéndose la vida de los santos varones enclaustrados, dícese piadosamente:

«Comen y de dos en dos

salen tosiendo y rezando  
en honra y gloria de Dios».

Esta íntima simpatía entre la religión y el estómago, la comprendieron por admirable modo numerosas comunidades, no ya de almibaradas monjitas que se pasan la vida haciendo pasteles de todas clases, sino de sesudos frailes: sobresa-

liendo de cien codos entre las demás congregaciones, las de Benedictinos y Cartujos, quienes, como con elegancia afirma cierto escritor sagrado, destilando licores y magullando preces, se esfuerzan en facilitar al prójimo una plácida digestión y la bienaventuranza eterna. Amén.

Pero temo que mi acendrada religiosidad esté haciéndome tomar el rábano por las hojas, y me tuerce á convertir éste, que yo quisiera te resultase platillo de gusto, en indigesto comistrajo, en insoportable almodrote ó bodrio literario.

Volvamos á la realidad, es decir, á la cena-sesión del «Liceo».

El ruido de platos, copas y cubiertos semejaba acompañamiento de un himno solemne y regocijado á la par; himno en prosa, es cierto, pero en prosa... rítmica. En las frentes pensadoras de aquellos poetas, clásicos, románticos ó decadentes, parecíame leer: ¡Glorifiquemos el solomo!, cantemos «¡aleluya!» cuando veamos asomar un pavo trufado.—Y fijate que digo «aleluya», en singular.—El espectáculo respiraba unción.

Ahora bien, como «oveja que bala pierde boca», y «al buen çallar llaman Sancho», y «en boca cerrada no entran moscas», me prometí á mí mismo que en aquel recinto, no siendo para co-

mer, no desplegaría mis labios pecadores, dando prueba de merecer en cierto modo de estar allí, pues, como decía Cipión, uno de los apreciabilísimos canes de Mahudes, «para callar en romance y hablar en latín, discreción es menester, hermano Berganza».

A los postres, cerrado el apetito, se abrió la sesión.

Leyó Salado Alvarez un bien pergeñado saludo-elogio á Delgado, quien contestó con palabra fácil y nerviosa, parafraseando aquello que de las letras dijo Cicerón en su «Pro Archia»: *Hoec studia adolestentiam alunt, senectutem oblectant*, etc. (¿Te parece pedantería este latín á des-tiempo? ¡Si vieras cómo, desde que tengo patente de literato, me parece que «viste» y «hace el pie pequeño» eso de incrustar en lo que se escribe algo de latín, y mejor, si puede ser, de griego, aunque uno mismo no lo entienda!)

Después se desencadenó el alud. Casi todos los comensales, y cuenta que éramos un par de docenas, leyeron algo en prosa ó verso.

Merece se mencione en primer término un brillante estudio de Urueta sobre la tragedia ática. Cuando le ví desenvainar su abultadísimo rollo de cuartillas, temblé; pero cuando el ínclito

Chucho terminó la lectura, le miré con rencor porque no continuaba. Su erudición y las adivinaciones de su genio hicieron resucitar ante nosotros las pasmosas figuras de Esquilo, Sófocles y Eurípides, y sus obras maestras. Es tal la mágica prosa del fogoso orador-poeta, tal la convicción con que lee, que, cuando indignado clamaba contra quienes suponen torpeza en el culto de los antiguos griegos por la hermosura de los adolescentes, logró persuadirme, indignéme también contra los censores de los vicios de aquellos egregios artistas, olvidando por un instante lo poco que aprendí en viejas historias, y hasta aquel diálogo de Platón, acerca de la Belleza, en el que, á pesar de la elevación del concepto, á despecho de las sublimidades del lenguaje que pone en labios de su maestro Sócrates y de Fedro, traslúcese ¡ay! con toda claridad cuáles eran las costumbres de los contemporáneos de Alcibiades...

Nervo leyó un encantador cuentecito, delicioso cuadro tomado del natural, lleno de gracia y delicadeza. Es este escritor de los que más me gustan; pero incurre á veces en genialidades y licencias poéticas por las que, si algún día llego á tener confianza con él, me propongo darle un tirón de orejas. Tú le conoces. Le oíste recitar

en unos Juegos Florales la última vez que viniste á Méjico. ¿Te acuerdas? Estábamos en butacas, muy entretenidos presenciando los imprudentes «telégrafos» de un chico sin aprensión y cierta *blondinette* poco cuidadosa de su extraordinario «cónyuge», su grotesco teutón, que, embrutecido en aquel ambiente artístico, miraba á todas partes con ojos estúpidos... En el momento en que los enamorados se decían «la mar de cosas bonitas» con los ojos, se adelantó al proscenio un poeta de cara alargada, cuidadosamente vendado el cuello con un corbatín de principios del siglo pasado, y, encarándose hacia el confiado ó indiferente germano, dijo con una inflexión de voz llena de irónica indulgencia:

«¡Y el Buhda de basalto sonreía!»

Aquel era Nervo.

No me detendré en hablarte de unos primorosos versitos de Dávalos, ni de todo lo demás que oímos; pero sí quiero comunicarte algunas de mis impresiones de *conjunto*.

Quizá si mis compañeros del «Liceo Altamirano» pudiesen leer esta carta, me la tomarían á mal. No siempre agrada la franqueza, por mucho que se dore la píldora.

Creerás tú que una cena de literatos ha de ser forzosamente hervidero de ingenio, de frases punzantes, de crítica bien intencionada, pero con sal y pimienta... Yo sentía frío. La conversación no se generalizó. Hablábamos como los monjes, por parejas, en tono mesurado, sin elevar el diapasón. Me parecía estar en la cámara de los espejos: por todas partes veía reflejada mi misma cara inexpresiva de hipocondríaco. Aquello era un exceso de corrección.

Faltaba la crítica, la chispa de la crítica que anima, y caldea, y vivifica. Con el mismo *vigor* (nota que no digo «entusiasmo») se aplaudían unos versos forjados como Dios manda que otros necesitados de Emulsión Scott por lo endeblitos. El sistema revela *muy buenas formas*; pero me parece detestable. ¿Es que el «Liceo» no pasa de ser una Sociedad de Bombos Mutuos, donde todos nos comprometemos á aplaudir al prójimo para que el prójimo nos aplauda? Eso no sería decoroso.

El encanto de toda asociación consiste en la fraternidad, y ésta supone sinceridad absoluta. ¿Es que los censurados se ofenderían?... Los tiradores que se molestan por los botonazos recibidos no deben concurrir á la sala de armas. Lo

que importa es ejercitarse en el manejo de la pluma, esgrimirla de modo de no descubrirse.

Hará tres ó cuatro años formé parte del Jurado en un certamen literario. Desempeñaba la Secretaría, Dávalos; y en la primera junta nos comunicó el juicio que le merecían los trabajos presentados.—«Para el tema cuarto, nos dijo, hay una composición en tres sonetos. En mi vida he visto cosa peor que los dos primeros... como no sea el último».—«Murga *fecit*», le contesté riendo.—¡Todavía le dura la *mortificación!* A saber que era yo quien había perpetrado aquello, ¿me lo habría aplaudido?

Decía Sainte-Beuve que para juzgar con acierto de un libro se necesitaba conocer personalmente al autor. Me permito el lujo de opinar en contra del gran crítico, por lo menos tratándose de jueces españoles ó hispano-americanos. Nuestra especial *finura* nos oscurece el criterio ó nos amordaza el pensamiento cuando debemos fallar en cosas de amigos ó de simples conocidos. ¡Siempre la mal entendida *educación* ahogando la espontaneidad!

Mucho más se me ocurrió sobre lo apuntado; pero te indulto de la pena de echártelo al coletó, pues sospecho haber abusado de tu paciencia,

aunque pertenezcas á la especie zoológica de los machos literatizantes que se pieren por estas mazacotudas disquisiciones.

Tuyo ex-corde,

G. DE M.

P. S. (El domingo 22). Dejé abierta la carta para incluir tu encargo, y ahora me ocurre añadir algunas líneas.

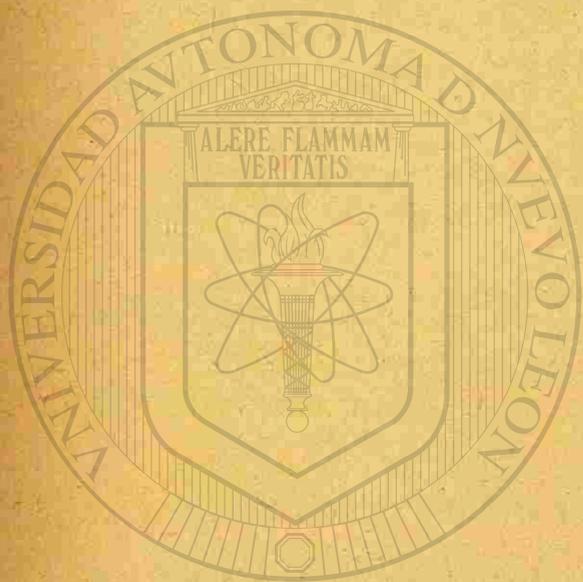
¿Recuerdas el cantar:

«Tienen los españoles  
vena de loco,  
unas veces por mucho  
y otras por poco?»

pues me parece aplicable á mis consocios del «Liceo».

¿Quejábame por falta de una chispita de crítica?... Anoche tuvimos otra cena y presencié variadísima función de fuegos artificiales, con amagos de incendio.

Me refocilo pensando en la próxima sesión. *Espero* que acabaremos á sartenazos. Á menos que vuelva á descender notablemente la temperatura...



## Politiqueando

Méjico, 23 de Mayo de 1904

SR. D. RAFAEL CALZADA, Presidente de la  
Liga Republicana Española, de la Argentina.

Buenos-Aires

Muy estimado señor mío y de toda mi consideración: Aunque con fecha de primero de Noviembre de 1903, hace pocas semanas llegó á mi poder una extensa circular que firman con usted hasta dos docenas de caballeros, miembros del Comité Central de la Liga Republicana Española, de la Argentina.

Por aquellos días leí en *El Correo Español* la carta que á propósito de la misma circular dirigió á usted mi amigo don Rafael García, quien, á trueque de decir muchas cosas buenas, aprieta

demasiado la mano en ciertas ocasiones: parece que escribe con garrote.

Supé que algún otro compatriota recibió también la comunicación de esa Liga é imaginé que habría sido mandada á la mayor parte de los miembros de la Colonia, sirviéndose ustedes de la lista de sociós del Casino Español ó de la Beneficencia Española, y creyéndome por eso excusado de contestar personalmente aquel documento, que si me pareció notable como pieza literaria, no me gustó como obra política; pero después se me ha dicho que á muy pocos se nos envió la circular, y la distinción que para mí supone habérmela remitido, obligame, —y es grata la obligación, —á acusar recibo.

Desde luego debo confesar á usted, pues no me gusta engalanarme con plumas de pavo real, que no paso de ser un modesto grajo, y que se han equivocado lastimosamente al creerme con una «brillante tradición republicana», concediéndome que gozo en este país de «merecida autoridad» y de «prestigioso valimiento». ¡Si apenas me llamo Pedro! ¡Así se fomentan vanidades! «¿Seré realmente un personaje?» hube de decirme leyendo esas cosas y, —declaro mi debilidad, —me miré al espejo, pero «no me resulté».

Sospecho que se me mandaría la circular á indicación del Dr. Marín, quien siempre me dió pruebas de afecto; pero, ¿quién ignora que don Ricardo es un humorista de tomo y lomo?

Puede suponerseme republicano por mi estrechísima amistad con don Telesforo García; mas si es cierto que en todos mis escritos (un centenar de renglones impresos y algunas cartas, pocas, á la familia) he manifestado mi conformidad con las grandes líneas del pensamiento de tan insigne sociólogo, no es menos cierto que soy mucho más escéptico que él en cuanto á la substancia de las formas de gobierno y—¡ay!—en cuanto á otras muchas cosas.

Para mí la forma monárquica ó la forma republicana no son más que «palabras, palabras, palabras», como dijo «el otro». ¡Los mismos perros con distintos collares! En el fondo, los programas de cuantos aspiran á gobernar están vaciados en la misma turquesa, aunque vestidos con distinto ropaje retórico, y el hábito no hace el monje.

Pretender que un hombre sea mejor ó peor porque se peine de tal ó cual modo es sencillamente pueril; y, sin embargo, eso hacen quienes cifran la felicidad de un pueblo en que el peinado

se llame Su Majestad el Rey ó el Ciudadano Presidente de la República. Yo he tenido siempre marcadas simpatías por los calvos...

El afeite, lo externo, lo formal no tiene trascendencia. Lo que importa es cuidar de que se vigorice el organismo y se cultive el espíritu: «mens sana in corpore sano», y así de los pueblos. Combatamos la miseria en todas sus manifestaciones; fortalezcamos el organismo social; eduquémosle, y tiempo llegará en que sea feliz, vístase como se vistiere, encasquétese la imperial corona ó el republicano gorro frigio, ó prescindida de una y otro para que nada oprima sus sienes y pueda el cerebro funcionar libre de toda traba.

¿Que asomo la oreja socialista? ¡Pues claro!, y aun la anarquista... por lo menos en el estilo.

Lo que sucede es que yo pretendo llegar á la anarquía por la evolución, pues creo sinceramente que eso de reformar el mundo es obra larga.

Claro que no soy un político positivo, me da el hipo porque me diputen sociólogo científico. Aunque en la rutina de la vida diaria discurro muy tierra á tierra, sin entusiasmo, porque rara vez se me encrespa la fantasía, en mirando el

mundo desde un poco más arriba, cuando pretendo esparcir la vista sobre las naciones, sobre los pueblos, declaro que me gusta soñar... y que creo en la realización de los sueños.

Presumen muchos que es arar en el agua construir «in mente» utópicas sociedades; olvidando que las más soberbias catedrales empezaron siendo nebulosas construcciones en la imaginación de los arquitectos.

Pretendo llegar á mayor grado de libertad (felicidad) por evolución, é imagino un porvenir mejor, no deduciendo un estado venturoso del repentino cambio de la humanidad por la influencia inmediata, á plazo fijo, de leyes escritas, sino induciendo, conjeturando ese estado más feliz por el perfeccionamiento progresivo como consecuencia de la autopersuasión universal de la ineficacia de las sanciones externas, de lo estéril de la coacción de la fuerza y de la eficacia soberana de la voluntad individual, espontánea y libre, «de la expansión de la vida»...

No son capaces de ver por tela de cedazo los que creen á ojos ciegos y á pies juntillas que con que la ciudadana República le diga á Madama Monarquía: «quítate tú para que me ponga yo», vamos todos á disfrutar de una beatitud paradi-

siaca. El bien, en su acepción amplia, filosófica, está más hondo: cifrarlo en palabras, perseguirlo en la superficie de la vida, es buscar cotufas en el golfo. Si con la ayuda de esa flamante Liga, ó sin contar con ella, ó á pesar de ella, viéramos mañana proclamada la República española, ¡á cuántos se les caerían los palos del sombrero! ¡qué decepción para los hombres de buena fe, para quienes no hubieren sido movidos por intereses personales, para quienes se convencieren al día siguiente que no basta cambiar una etiqueta para modificar la «esencia» de las cosas!

En el estado actual de la sociedad, las instituciones en sí no son más que fórmulas huecas; y los jefes de Estado, por regla general, ya llámense Monarcas ó Presidentes, no pasan de ser tristes fantoches, vanas representaciones de vanos *sistemas*. Por eso tal vez—(por la vacuidad de reglamentos, códigos y constituciones, y mientras la humanidad no llegue al grado de madurez con que sueño),—sea preferible menos teorías y más *hombres*, menos Parlamentos y más conductores de pueblos, nómbrense Guillermo de Alemania ó Porfirio Díaz, Chamberlain ó Combes. En España pudiere serlo quizá el jesuítico pero entero y arrogante Maura, y creo no lo sea nunca el hon-

rado y simpático y «campanudo» filósofo Salmerón.

Ya ve usted, estimado señor, que mi credo político está lejos de ser republicano ó monárquico, como que en realidad no hay en mí credo alguno, sino sólo una aspiración... Esto que digo le recordará á usted, en cierto modo, el grito de aquel individuo: «Yo soy ateo, ¡gracias á Dios!» ¡Qué quiere usted! El espíritu humano está hecho de contradicciones, poblado de fantasmas, envuelto en nieblas!

En cuanto á la cacareada propaganda de esa Liga, en cuanto al fin que se alcance con sus proclamas y sus discursos post-banquetiles, en cuanto á los resultados de esa hinchazón republicana, permítame usted que sospeche con el clásico que

«esa su historia ó conseja  
es como preñado en vieja,  
gran barriga y todo nada.»

Desde luego viven ustedes engañados al suponer á sus trabajos una resonancia que no han tenido sin duda. Lo digo porque en la carta con que contestó usted otra de don Telesforo García, afirmábase que en el Perú tremolaba la bandera

de la República española, don Fulano de Tal y en Colombia don Zutano, y en Nicaragua don Mengano, y en Méjico no recuerdo qué señor... Bueno, pues le juro á usted que aquí no hemos visto que nadie tremole nada, ni metafóricamente ni de otro modo.

Si contribuyo á defraudar sus esperanzas, perdónemelo, señor Calzada, y perdónemelo los demás caballeros firmantes de la circular, en gracia de mi sinceridad absoluta.

Suyo atento y s. s. q. l. b. l. m.

G. DE M.

## Desde el lazareto

Tricornias, 17 de Febrero de 1903.

SR. D. JESÚS URUETA.

Roma.

Amigo mío y muy estimado señor: Veinticuatro horas hace que, nervioso y malhumorado, me despedí de usted en la escala del «France».

Cuando el vaporcito de la casa consignataria me desembarcó en el muelle de Casa Blanca, quedé renegando, sin acordarme de los prudentes consejos de Marco Aurelio, cuyas Meditaciones leyerá la víspera... ¡Querría yo haber visto al estoico Emperador si, gozando de una salud como la de este cura, le hubiesen forzado á hacer cuarentena!

Pero mis furores son breves, y aquí me tiene usted casi contento con mi situación.

Después de leer, mientras me han dejado, y de escribir media docena de cartas «de negocios», ocurreme dar á usted algunas noticias, como *suite* á nuestras charlas del vapor.—¿Recibirá usted esa epístola? Probablemente no, pues mientras la escribo dudo que la mande; pero siendo generalmente avaro de palabras, tengo á veces como ataques de *locuacidad muda*, y hoy, en una de esas rachas, necesito borrar cuartillas.

En un carricoche que aquí llaman «guagua», ascendimos del muelle al escarpado y desnudo cerro en que se ha establecido el *lazareto*: media docena de barracas de madera, construcciones indescriptibles en su aplastante vulgaridad,—por lo que renuncio á describirlas.

Apenas eché pie á tierra oí que me saludaban por mi nombre. Deseábame la bienvenida un joven de buen porte que me contó la mar de cosas en cinco minutos: me conocía de Méjico; yo tenía tal y cual negocio y él tal y cual otro; había llegado por vapor americano y se iría por el español; etc., etc., etc.

*Naturalmente* era comisionista ¡¡¡catalán!!!  
¿Brotarán por generación espontánea, como los hongos?

Había recorrido, en un mes, desde Nuevo-Laredo hasta Mérida; y con tono dogmático me dió la solución definitiva é inapelable de una porción de problemas: el alcoholismo, la cuestión monetaria, la «infiltración» yanqui, etc., opinando con un aplomo inaudito sobre el arte en Méjico, la política y sus hombres, la tauromaquia, el clero y el mujerío... ¡Las docenas de calcetines, las gruesas de peines, los millares de botones que habrá vendido ese prójimo con su ciencia y su labia!

Cuando pude desprenderme del omnisciente *noy*, fuí á mi *cuarto* (llamémosle así) para arreglarme un poco, antes de la hora de la comida. No había visto más que al catalán; pero pronto *oi* á todas las regiones españolas.

Tabique por medio, una voz fresca y bien timbrada, de mujer, cantaba:

«Con una falda de percal planchá  
y unos zapatos bajos de charol»...

En otro *cubiculo* un vozarrón, también de mujer, berreaba el

«¡Arsa y olé! yo tengo un morrongo»...

En fin, más allá, una niña canturreó:

«Costas las de Levante»...

¿Pero estoy en Triscornias ó en el callejón del  
*coro de señoras?*

A la hora de comer conozco á mis compañeros de cautiverio. Son pocos más de una docena: dos matrimonios yankees, silenciosos, graves, «automáticos»; una matrona madrileña (la de la voz estentórea); una yucateca con dos niños; una pareja argentina; coro general y comparsas.

La argentinita, joven, muy joven, guapa, extraordinariamente guapa, y elegante, demasiado elegante, con exceso de sedas y joyas para Triscornias, monopoliza la conversación sin dejar meter baza al contristado catalán.

*Luisa* (la llamaremos Luisa) es desconcertante. Me llama *el nuevo* y habla de mí á los demás como si yo estuviese ausente; ó me interpela con la misma familiaridad que si fuésemos amigos de la infancia.

De pronto, dirigiéndose á su marido, guapo mozo á quien no he oído pronunciar media docena de palabras, y que escucha boquiabierto las gracias de su mujer, le dice: «¿Ves *el nuevo?*, pues

un hombre *asi* ha sido siempre *mi tipo*... sólo que un poco más alto, más delgado, rubio y sin barba»...

Después de comer vuelve á secuestrarme el catalán. Á las ocho ya me ha dado un curso de economía; á las nueve no tiene para mí secretos la política europea; á las nueve y media *he visto* torear á Lagartijo, *sacar* «de revés» á Irún, cantar á Gayarre y empiezo á escuchar una pintoresca disertación sobre obstetricia y sagrados cánones... ¡Huyo á la cama!

Á las seis de la mañana me despierta brillante serie de alegres gorgoritos. Es Luisa, que después de ensayar así su garganta *se arranca* con lo de:

«Cuando sale el sol  
canta la perdiz»...

Y al cabo de un rato sigue:

«... y el macho la contesta,  
ti-tirri-triz-triz.»

Sigue otra cristalina cascada de gorgoritos y vocalizaciones.

Cuando entro en el comedor encuentro que mis compañeros, terminada su cuarentena, se disponen á ir á la Habana.

Luisa se levanta al verme llegar y, *como si fuese verdad*, me saluda cantando:

«Tras larga ausencia,  
«con qué placer te miro»...

Durante el desayuno *me deja descansar* y la emprende con el catalán, quien demuestra ser hombre de mundo, contestando de muy discreto modo á los ataques de la argentina.

Mientras llega la *guagua* que ha de llevar los *cuarentenarios* al muelle, Luisa va á su cuarto á ponerse el sombrero,—un sombrero inmenso, descomunal, extravagante, que llevado por otra mujer bastaría para que la siguieran los chiquillos en la calle,—con el cual ella está deliciosa.

En un momento abre el piano, piano con hipo, asma y tos, y, de pie, empieza á tocar un vals de modo que en otro instrumento resultaría magistral. Mientras toca, canta y *baila*. Es una mujer portentosa.

Llega la hora de marcharse: ya han car-

gado los equipajes... Luisa viene hacia mí tarareando:

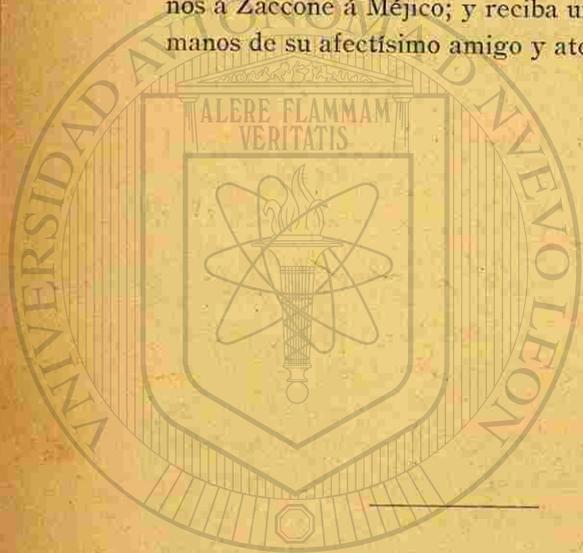
Á la Habana me voy,  
te lo vengo á decir»...

De pronto cambió de fisonomía, y en tono casi serio, tendiéndome la mano con amable distinción, me dijo: «Caballero, los hombres son ustedes *muy tontos*. Si yo no hubiese traído un poco de alegría, nos habríamos muerto de fastidio en este yermo; pero, *no haga usted juicios ligeros*»...—y se fué. ¡Singular criatura!

¿Y ustedes? ¿Subió *gente* en la Habana? ¿Siguieron condenados á escuchar el dúo sobre el *cher perroquet* entre la exuberante cónyuge del ingeniero y la gabachita casada con el catalán de luengos mostachos y nariz hebraica? ¿Siguió abominando de España el otro catalán, el que me miraba de soslayo, con aire furibundo, pero que se hubiese vuelto de mieles y aun habría abogado con calor por la perfecta unidad ibérica á olfatear que yo comercio en «abarrotos» y que bien pudiese haberle hecho un pedido de la *mortadella* que sin duda representa?

Ruégole me avise si alguna Revista publicase su estudio para el Congreso de Historia; mándenlos á Zaccone á Méjico; y reciba un apretón de manos de su afectísimo amigo y atento s. s.

G. DE M.



## De la decencia del lenguaje <sup>(1)</sup>

(ARTÍCULO INMORAL Y DE MALAS COSTUMBRES)

Una monja literata  
*Dómine meo* leyó,  
y el entrecejo frunció  
entre fosca y timorata.  
«No cuadra nombre tan feo  
en este latín divino:  
y en vez de *Dómine meo*,  
leía *Dómine orino*.

(Anónimo).

Méjico, 15 de Enero de 1905.

SR. D. BASILIO DE LAKA Y URQUIZA, Presbítero.  
En Córdoba ó donde se halle.

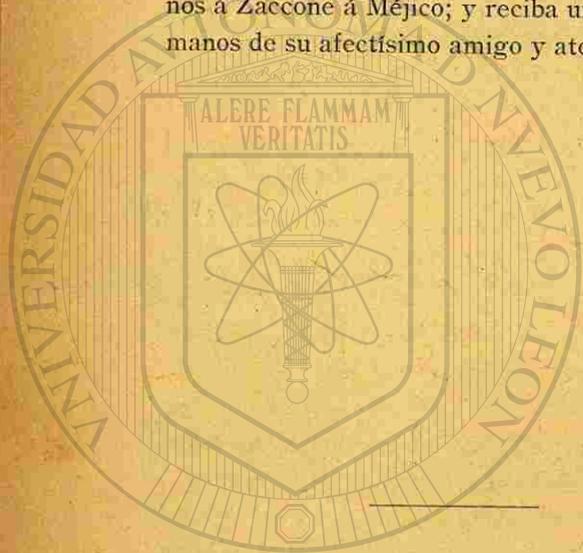
Trashumante clérigo hermano:

No creo faltar al segundo mandamiento si en Dios y en mi ánima juro que mi lenguaje hablado, por la total ausencia de interjecciones, podría

(1) Supongo que este libro no caerá en manos femeniles; pero si cayere... ¡oh, lectora! yo te suplico de todas veras que prescindas del presente capítulo, intencionalmente escrito *en crudo* para flagelar vicios de pensamiento, de los que tú no puedes tener idea.

Ruégole me avise si alguna Revista publicase su estudio para el Congreso de Historia; mándenlos á Zaccone á Méjico; y reciba un apretón de manos de su afectísimo amigo y atento s. s.

G. DE M.



## De la decencia del lenguaje <sup>(1)</sup>

(ARTÍCULO INMORAL Y DE MALAS COSTUMBRES)

Una monja literata  
*Dómine meo* leyó,  
y el entrecejo frunció  
entre fosca y timorata.  
«No cuadra nombre tan feo  
en este latín divino:  
y en vez de *Dómine meo*,  
leía *Dómine orino*.

(Anónimo).

Méjico, 15 de Enero de 1905.

SR. D. BASILIO DE LAKA Y URQUIZA, Presbítero.  
En Córdoba ó donde se halle.

Trashumante clérigo hermano:

No creo faltar al segundo mandamiento si en Dios y en mi ánima juro que mi lenguaje hablado, por la total ausencia de interjecciones, podría

(1) Supongo que este libro no caerá en manos femeniles; pero si cayere... ¡oh, lectora! yo te suplico de todas veras que prescindas del presente capítulo, intencionalmente escrito *en crudo* para flagelar vicios de pensamiento, de los que tú no puedes tener idea.

hacerlo suyo la más melindrosa damisela. Sea efecto de mi natural apacible, frío y sin arranques, débase á otras circunstancias, es lo cierto que jamás me ocurre soltar un taco, largar un terno, ni aderezar la charla con ajos y cebollas; pero algunos amigos míos, nada gazmoños ni pacatos, tildan de libre y hasta de indecente mi lenguaje escrito, que para los menos despreocupados trasciende á azufre, no sólo por lo herético del fondo, sino hasta por la empecatada forma.

Y como dicen que cuando el río suena agua lleva, alguna vez, no contento con el cargo de inmoral, absorbíme en la contemplación de mi ombligo, como cualquier faquir de menor cuantía, para venir á poner en claro que, efectivamente, en mi desmañada prosa, cual en la de todo hijo de vecino que deteste disfraces y tapujos, aun tratándose de pintadas mariposuelas y de florecillas de los prados, puede señalar nefandas inmoralidades... *la malicia del lector.*

Frecuentemente no está la malicia tanto en lo que se dice, cuanto en cómo se entiende.

Este descubrimiento, por el que no me atrevería á pedir patente de invención, llevóme como de la mano á perderme en intrincado laberinto de consideraciones de varia índole y entre ellas

iban algunas enderezadas á deslindar el influjo bueno ó malo que para la exactitud y riqueza de la expresión pudiere tener la decencia del lenguaje.

Múltiples aspectos presenta el asunto y no pretendo engolfarme en examinarlos todos, limitándome aquí á plantar algunos jalones indicadores de la brecha que otros más entendidos que yo en achaques lingüísticos pudieren abrir para trazar despejada senda.

La castidad, siendo real y verdadera, es necesariamente estéril y por tanto conduce á la muerte; y siendo fingida, conduce al mismo resultado por el obscuro y mal oliente subterráneo de la hipocresía. Me explicaré: hay palabras, frases, eufemismos, que hacen con el idioma, y por ende con el pensamiento, oficios de ese aparato que los ingleses llaman «*french leather*» y los franceses «*capote anglaise*» y nosotros con donosos nombres apellidamos, el cual aparato no sólo no evita el vicio, sino que lo fomenta garantizando toda impunidad...

En las páginas de nuestros clásicos pululan el *cabrón*, la *alcahueta* y el *hi de puta*, que en vano pretenderemos hallar en los libros modernos. ¿Habrà por ventura fenecido tal ralea? ¡Cá!: es

inextinguible; pero se oculta bajo cien denominaciones diversas. ¿Cien denominaciones, dije? Ya sé lo que se me va á argüir: que el deseo de hablar con decencia nos obliga á enriquecer el léxico... Pues no es verdad, porque lo que hacemos al pretender matar una voz expresiva, de significado claro y bien definido, no es crear otra equivalente, de igual fuerza, sino valernos de circunloquios, de rodeos, que no enriquecen el idioma y sí introducen lamentable vaguedad en los conceptos. Cuando acaso se inventa un neologismo, so capa de decencia, suele tener escasa fortuna y poco vivir. Ningún periódico se atreve á hablar de *rameras* (y escojo un vocablo pulcro), pero durante algunos años hemos estado leyendo en letras de molde el calificativo de «horizontal», que siquiera por la posición que atribuye á la hembra á que se aplica, es de lo más inmoralmente *sugestivo* que conozco.

Lo gracioso es que el vulgo sólo entiende por *inmoral* aquello que de cerca ó de lejos supone una infracción al inhumano sexto mandamiento, como si toda la ciencia del bien y del mal fuese únicamente cuestión de pretina ó de hoja de parra. Tal parece, dentro de los cánones de la moral al uso, que el hombre, mejor dicho, el *ser*

honrado y bueno por excelencia es el eunuco. Reniega de la vida un protagonista de nuestro teatro «porque el delito mayor del hombre es haber nacido», pero mayor aún parece á muchos hacer que nazcan otros... á menos que gentes extrañas, y que nada tienen que ver con el acto mismo, hayan dicho antes una porción de cosas hueras á nombre de tal ó cual rito ó código. Tate, tate, que me voy por los cerros de Úbeda.

El miedo á las *palabras*, en aquellos precisamente que menos se cuidan *de las obras*, no es exclusivo patrimonio nuestro. La *prudibundez* británica llega al punto de que cualquier moza de cántaro encuentre *shocking* que alguien hable de «camisas», «corsés» ó cosa análoga. Hay más: en la *pérfida Albión* (estilo de gacetilla) se considera casi una blasfemia decir «devil», «hell», etc. Por fortuna, los hispano-parlantes, gracias á la Santa Inquisición, estamos familiarizados con el infierno y sus inquilinos. En la Católica Corte de los Austrias nadie estuvo libre de que el espíritu maligno se le pasease por el cuerpo; y de hisopazos y exorcismos para ahuyentar al pegajoso diablo, no solía escaparse «del Rey abajo, ninguno». Sin duda desde entonces esta-

mos los españoles dados á todos los demonios y por eso solemos hacer tantas diabluras.

Parécenme ridículos ciertos repulgos de empanada en varones barbados y fecundas matronas cuyo lenguaje figurado y reticente, más que para sosegar la fantasía, puede servir para despertar la malsana curiosidad de esos *menores* á quienes la mojigatería reinante quisiera tener indefinidamente bajo rancios fanales, que los preservasen de todo contacto externo, sin pensar que la luz pasa á través del cristal...

Échase toda la culpa de la licencia del lenguaje á los pobres escritores, especialmente á los autores cómicos, diciéndose de ellos que sólo expresen el chirumen para endilgar gracejadas á tuertas y á derechas; y sin embargo, verá quien observe, por ejemplo en un teatro, que son los espectadores los verdaderos «prevaricadores de vocablos»—(como de Sancho decía don Quijote), —los que dislocan ó funden, quiebran ó amalgaman palabras ó modifican su significación.

Cierto es que los libretistas del *género chico* abusan de silepsis, retruécanos y demás joguuelos, pero á donde no llega el ingenio de los autores alcanza la malicia del público, que con ahinco digno de más alta empresa, hoza en el

diálogo para descubrir «*albures*» por todas partes. Y este sostenido esfuerzo de la imaginación, este prurito de procurarse constantemente el placer del chiste grosero, esta especie de onanismo mental, acaba por degenerar en incontinencia indomable y hasta contagiosa. Puedo citar un caso gráfico de cuya autenticidad respondo.

Vino últimamente á Méjico una detestable compañía de opereta francesa. Cuando ví anunciada *Le cœur et la main*, imaginando se tratase de algo sentimental y romántico, dentro de mis inclinaciones, plantéme tempranito en el teatro. En mi fila de butacas se instaló una familia completa: el papá, sesentón de aspecto respetabilísimo; la mamá, matrona de buena estampa, y tres niñas que parecían tres pimpollos, frescas, sonrosadas, bien olientes. Por supuesto que la tribu ignoraba el francés y sólo reía cuando los «políglotas» reíamos. En cambio, con voz bastante alta para que nos enterásemos los vecinos, hacían papá, mamá y las niñas comentarios encomiásticos condensados en esta exclamación del jefe del clan: «¡Qué graciosos y qué cultos son los franceses!» Pero... cuando el tenor anunció que iba á cantar «*la chanson du casque*», el grotesco monarca, queriendo hacer un *calembour*

insulso, dijo dirigiéndose á nuestro lado: «*La chanson du casque... ¿Et casque celà?*»—«¡Cásquesela usted, cochino!»—exclamó el honrado pater familias, haciendo retruécano brutal con una de las pocas frases inocentes de la obra...

Es el cuento del portugués filólogo: «Eu acho muito natural que os francezes chamen ao vinho, *vin*; ao pão, *pain*; é ao chapéu, *chapeau*; porem que ao pescoço chamen *cu*... ¡é até indecente!»

Si para disfrazar una palabra que pudiere parecer escabrosa se adopta otra palabra ó una frase hecha, al cabo de cierto tiempo todo el mundo sabe lo que oculta el disfraz, y atribuyéndose á éste la misma significación que á la palabra mal sonante, acabamos por condenar, por poner en el *index* otro vocablo ó todo un modismo. Así la supuesta *decencia* aumenta el número de expresiones indecentes y empobrece el idioma al restar voces ó términos de «*bonne compagnie*.»

— Esa locucioncilla francesa háceme pensar que si es criticable el empleo innecesario (falta en qué acabo de incurrir) de idiomas extraños, en la conversación ó en los escritos comunes y corrientes, pueden y deben usarse tales idiomas en determinadas circunstancias, antes de ape-

lar á perifrasis que nadie entiende ó entienden todos.

Un ejemplo aclarará la idea.

Cayó enfermo Carlos Quinto, y según la costumbre del tiempo, cerróse herméticamente la alcoba, de modo que, cuando seguido de gran número de damas y gentiles-hombres de aquella ceremoniosa corte penetró en la regia estancia el archiatro imperial, hubo de buscar á tientas, bajo las sábanas, el brazo del paciente; y ya creía tenerlo en su mano, ya empezaba á contar las pulsaciones, cuando con voz majestuosa y solemne dijo aquél: «*Erras, amice, Hoc est membrum nostrum imperiale-sacro-cesareum!*»

El galeno salió de su error, las damas no se enteraron del percance, y la moral, la sacrosanta moral, quedó incólume. Bien dicen de los Pirineos para arriba que «*les mots dans le latin bravent l'honnêteté*.» Y es sabido entre nosotros que «cantada y en italiano,—gana mucho la moral.»

La anécdota precedenté me apartó un poco de mi razonamiento. Decía que es contraproducente sustituir una palabra con otra, porque acabamos por considerar también indecorosa esta última. Es inútil aducir ejemplos: están en la mente de todo el mundo. Sólo citaré uno. Ya hasta las

maritornes sienten lastimado su pudor al hablar de *huevos*. Por cierto que han inventado la palabra *blanquillo*, y en este caso concreto casi estoy por conceder la razón á nuestras *gatas*. La idea de albura que sugiere el neologismo, apartará de la fogosa imaginación de las fregatrices el recuerdo de las turmas que conocieren.

Hay muchas palabras cuyo recto significado es inocente, pero que empleadas en sentido translativo para velar la *inverecundia* (que diría un culto) de otras expresiones, acaban por ser pecaminosas, más pecaminosas que aquellas expresiones mismas; y es porque nos deleita arrancar velos con la imaginación, porque suele excitarnos más lo supuesto que lo real. Las morbideces de las chicas del «ballet» en mallas, nos producen una emoción estética libre de impulsos libidinosos—(y digo *nos* juzgando caritativamente que á los demás les pase lo que á mí),—pero si vemos en la calle á una de esas muchachas remangarse coquetonamente el vestido y dejar adivinar el arranque de la torneada pantorrilla, será un San Antonio quien no se encalabrine.

Referíame un diplomático mejicano que en cierta ciudad de Centro América, estando en el balcón junto á una distinguidísima señorita, dijole

ésta señalando á otra que pasaba por la calle: «Mire usted qué *chingona* va Fulana»... Nuestro diplomático abrió dos ojos como dos puertas cocheras, expresando con ellos todos los tonos de la interrogación. *Chingona*, en aquel país, traduce el *sancona* de Méjico y el *rabicortona* ó *rabicorta* de España. Nada: aquella señorita iba con la enagua á media pierna.

«*Fregar*» es en España verbo de los más limpios, y aquí no hay persona de buenos pañales que se atreva á proferirlo. En cambio, los frescos labios de la damita más empingorotada conjugan con deliciosas modulaciones el verbo «*amolarse*» que del otro lado del Atlántico sólo se oye en la pestilente boca de algún arriero.

En resumen.

No pretendo hacer la apología del lenguaje sucio, bajo, soez. Me repugnan como á quien más las expresiones pornográficas, *coproláticas* ó *escatológicas*; soy, aunque indigno y á mi modo, adorador de Nuestra Señora de la Eubolia; pero quisiera que todos llamásemos al pan, pan, y al vino, vino, cuando del pan y del vino *tuviésemos que decir* algo.

Se ha repetido que una obra es en cierta manera reflejo del carácter del autor y ahora

resulta—¡caso peregrino!—que los escritos reflejan más bien el carácter, el pensamiento, del lector ú oyente. En verdad, en verdad, á los hipócritas que fingen escandalizarse de su propia malicia achacándosela al prójimo, debemos decirles: ¡Ciudadanos!,

«arrojar la cara importa,  
que el espejo no hay por qué.»

Y dejo la pluma en la espetera de donde, para apurar el argumento, convendría la descolgasen *omes más sabidores.*

Suyo *ex toto corde.*

G. DE M.

## Algo de tejas arriba... y de tejas abajo

Méjico, 11 de Junio de 1906.

SR. D. MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca.

Mi querido amigo: Acaso me crea usted olvidado y desatento porque he dejado pasar meses sin responder á alguna de sus cartas, y días, y aun semanas, sin darle las gracias por su último libro (1), y por las cariñosas frases que me dedica escribiendo á Amado Nervo.

La verdad es que mi pobre espíritu yace apisionado en sombras, aherrojado por los inrompibles grilletes de preocupaciones del orden económico y del orden afectivo, y evito comunicar mis

(1) *Vida de don Quijote y Sancho, explicada y comentada.*

resulta—¡caso peregrino!—que los escritos reflejan más bien el carácter, el pensamiento, del lector ú oyente. En verdad, en verdad, á los hipócritas que fingen escandalizarse de su propia malicia achacándosela al prójimo, debemos decirles: ¡Ciudadanos!,

«arrojar la cara importa,  
que el espejo no hay por qué.»

Y dejo la pluma en la espetera de donde, para apurar el argumento, convendría la descolgasen *omes más sabidores.*

Suyo *ex toto corde.*

G. DE M.

## Algo de tejas arriba... y de tejas abajo

Méjico, 11 de Junio de 1906.

SR. D. MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca.

Mi querido amigo: Acaso me crea usted olvidado y desatento porque he dejado pasar meses sin responder á alguna de sus cartas, y días, y aun semanas, sin darle las gracias por su último libro (1), y por las cariñosas frases que me dedica escribiendo á Amado Nervo.

La verdad es que mi pobre espíritu yace apriisionado en sombras, aherrojado por los inrompibles grilletes de preocupaciones del orden económico y del orden afectivo, y evito comunicar mis

(1) *Vida de don Quijote y Sancho, explicada y comentada.*

penas, precisamente á quienes debo algo más que las zalemas y fórmulas con que la *educación* encubre la indiferencia.

Tengo el pudor de mi *spleen*, de mi morriña inmensa, de mi tedio inacabable...

Leí su obra, no de un tirón, sino con recogimiento, rumiando cada capítulo, cada página, cada línea; y asaltóme con insistencia el deseo de glosarla, de parafrasearla, de *hacer un libro*, de fijar en él mi pensamiento, la flor de mis meditaciones... El desasosiego, la intranquilidad, la falta absoluta de tiempo para escribir, para volcar en letras los hondones de mi espíritu, para zahondar en el espíritu mismo, obliganme á desistir de mi propósito. He soñado *otro libro más*, que nunca escribiré.

Pero ya que no haga un libro, quiero, al correr de la pluma, decir á usted *algo* de lo que el suyo me sugiere.

Antes de entrar en materia, antes de alabar las virtudes de su criatura, echémosla un piropo merecido; es muy guapa. La forma resulta atractiva, simpática; el lenguaje limpio, claro, enérgico y dulce á la vez, opulento y de un casticismo jugoso y sin anquilosis. Hay muchas páginas bellísimas, y algunas de admirable gran-

dilocuencia, como aquellas dictadas por el recuerdo de la catedral de León. El robusto pensamiento va bien trajeado.

Hace bastantes años, desde que empecé á conocer los artículos, los libros de usted, me sentí atraído por su modo de ver el mundo. A través de sus escritos, me parecía leer con más claridad una gran parte de mi pensamiento. Hoy la comunión es más íntima, quizá porque me sea más difícil distinguir en mi espíritu lo que hay de coincidencia y lo que hay de sugestión.

Pero las almas son poliédricas, si así puede decirse, y sólo algunas facetas de la mía se ajustan á otras de la de usted. El optimismo, la fe, la esperanza, que dan luz y fuerza á sus ideas, luchan en mí con el pesimismo, con la duda nihilista (no la fecunda alimentadora de la vida), con el desencanto. Usted se siente con bríos para escalar el ideal; yo estoy cansado, casi vencido, antes de lanzarme al asalto de mis anhelos. Usted, animado por un vigor sereno, por una alegría sana, está *seguro* de la conquista final; yo, con el alma á veces lúgubre hasta aullar, al acercarme temeroso al borde de los espacios infinitos, siento el vértigo de la nada... Gracias á que otras veces me galvaniza el interno grito de

*¡aurrerá!* y entonces chisporrotea mi fe en un ideal que habrá de realizarse en el infinito. Usted cree en la Humanidad y en sí mismo; yo creo casi siempre en la Humanidad, pero ya no creo en mí. De ahí ese grito que se le escapa á usted constantemente—¡plenitud de plenitudes, y todo plenitud!—y esa ansia de pervivencia, contrastando con mi sordo gemido de «vanidad de vanidades, y todo vanidad», y mi *aspiración* á no tener biografía...

Hay en mí, sin duda, desproporción enorme entre el ideal y el poder de realización:

«¡Para tan largo amor, tan corta vida!»

—dice el *fúnebre* Quevedo,—á quien me parece que trata usted con falta de caridad, en quien yo quiero ver mucho más que meras gracias de corteza, de pellejo de corteza, es decir, de vocablo.

El convencimiento de esa desproporción desalienta, agobia, engendra el pesimismo, del cual puede ser eflorescencia la risa áspera en cuyo restallido de látigo vibra un sollozo.

Soy como un parálitico: incapaz de moverme, veo el movimiento, *creo* en el movimiento. Me niego á mí mismo, pero tengo fe en los demás. Y así, anulándome, haciendo abstracción de mi

yo individual, confundiéndome con el yo colectivo, es como llego á parecerme á ustedes los pensadores que me atraen, así es como llego á confundir muchas veces mi pensamiento con el suyo.

Pero entiéndase que tal confusión no implica identidad permanente, imposible identidad entre dos pensares, pues ni el pensamiento propio es idéntico consigo mismo.

Volviendo á su libro: en él todo es jugo, todo es substancia. De frente ó de soslayo aborda usted lo más hondo, lo más alto: Dios, la Moral, la Justicia... ¿Y cómo no han de asaltarme vehementes deseos de escribir un libro, de escribir largo y tendido sobre temas que son mi preocupación constante, y que es imposible *condensar*, fijar en postulados, aunque acaso la esencia de todos ellos pueda reducirse á una sola palabra: Amor?

«Dios—dice usted,—es el ideal de la Humanidad, el hombre proyectado al infinito, y eternizado en él.» ¡Palabras preñadísimas de ideas!

Si en vez de afirmar, enfática y vanidosamente, que «Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza», dijésemos, que «el hombre *hace* á Dios á su imagen y semejanza», la proposición, además de otras ventajas, tendría la de ser más modesta.

Cada pueblo hace sus dioses adornándolos con sus propias virtudes, entreveradas de sus propios vicios. Á medida que el hombre ha ido civilizándose, mejorando, perfeccionándose, ha mejorado, ha perfeccionado sus dioses. En los pueblos primitivos, adóranse ídolos que representan espíritus buenos y espíritus malos. Las deidades de los negros, son negras; las de los chinos, amarillas y con los ojos oblicuos; Zeus se parecía á Alcibiades, y Jove á Augusto. Con el tiempo, al hacerse más claras las ideas del Bien y del Mal, del Amor y del Odio, ya no se adora á la representación del mal absoluto; entonces ese Dios se convierte en el demonio; pero todavía el Dios bueno, Dios, tiene *resabios* de maldad, pues aunque al Creador del hombre imperfecto se le atribuya la suprema misericordia, si la criatura se desliza con ofensas que por ser suyas tienen que ser pequeñas, limitadas, propias de su flaqueza, casi involuntarias, sin voluntad *consciente* (porque lo del *libre arbitrio*, planteado en seco, es el bromazo más estupendo que conozco), á pesar de esa suprema misericordia, ceñudo y vengativo le condena á castigo eterno, á un penar sin fin. ¿Y es tal todavía el concepto de la Justicia? ¡Oh, duros de corazón, oh, ciegos, los que

no ven que *la última y definitiva justicia es el perdón!*

Por lo mismo que el hombre es imperfecto, es perfectible, y perfectible, también, su Dios, que *es él mismo proyectado en el infinito y eternizado en él*. La suprema religiosidad está en el culto á ese Dios *que deseamos perfecto*, en una aspiración al bien, al bien *mejor*, al sumo bien.

Claro es que al decir que el hombre *hace á Dios*, quiero decir que le *concibe* en el sentido espiritual de la palabra...

Las *pruebas* metafísicas, físicas y morales de la existencia de Dios y de la existencia é inmortalidad del alma, no me *convencen*; pero menos me convencen las *pruebas* de la no existencia de ese Dios y de esa alma. Todo eso no se *prueba*: se siente ó no se siente. Conceptos inasequibles á la experiencia no se vierten, no se moldean en términos de significación definida y tangible. Rechazo la estrecha fe dogmática; pero siento una fe ilimitada, como ilimitada es la aspiración al bien...

Así como al quitar el rabadán la tranca que cierra el aprisco, las ovejas, ansiosas de correr al prado, se aglomeran, se apretujan, y anhelando salir todas á una, tardan más en conse-

guirlo y hácenlo en desorden,—así mis ideas se amontonan, pugnan por salir primero unas que otras y escapan sin método, sin orden, sin ilación.—¡Quisiera hablar ahora con usted de tantas cosas! Pero tengo que limitarme á apuntar pensamientos aislados, jirones de pensamientos, sin conexión aparente, contradictorios quizás...

Creemos vivir rodeados de lo sobrenatural, porque llamamos sobrenatural á todo lo actualmente desconocido ó fuera de nuestro dominio material ó inmediato; pero al ampliarse el campo del conocimiento, á medida que la ciencia alumbrá las lobregueces del misterio, lo sobrenatural va pareciéndonos naturalísimo: ya nadie tiene «los demonios en el cuerpo», gracias al estudio que se ha hecho de las enfermedades nerviosas; los lazaretos y los cordones sanitarios evitan que la peste sea un «castigo del cielo»; cualquier palurdo bombardeando las nubes con un morterillo hace llover antes que todo el clero alto y bajo con solemnes y plañideras rogativas... ¿Quién sabe si como hoy se enciende ó se extingue un foco de luz eléctrica, pronto encendamos y apaguemos á voluntad las entrañas de los volcanes?—Pero lancemos el espíritu por el cañón de un telescopio, atravesando la atmósfera, á los

espacios infinitos donde el formidable torrente de los siglos se pierde silencioso, y, anonadado ó engrandecido el espíritu, se limitará á contemplar con asombro la portentosa armonía de millones de mundos, convencido de su impotencia para desviar en una línea la órbita del menor astro. Así el *yo*, la conciencia humana, se mueve bajo la cúpula inmensa de su *atmósfera*, dentro de la cual tiene muchos misterios que aclarar, muchas fuerzas que domeñar y someter á su soberanía; pero lanzado el espíritu á los espacios infinitos del *más allá*, convécese de su impotencia...

*¡El más allá! ¡la inmortalidad!* Sólo por el amor podemos asomarnos á contemplar la portentosa armonía de otros mundos del alma. *¡Todos los conceptos de vida, todos los conceptos eternos manan del amor!* ¡Qué filosófico pensamiento encierra, en la mitología india, la representación de Schiwa, ostentando como atributos el collar de calaveras, símbolo de la muerte, y el vigoroso Lingam, órgano y emblema de la generación! El amor es más fuerte que la muerte: cuando ésta cree vencer, aquél entona un cántico de vida, de pervivencia, de inmortalidad... Los cuerpos fecundan los cuerpos; las almas fecundan

las almas Amar, amar con amor pleno, amar con el alma y con el cuerpo, es hacerse inmortales.

¿Que mis conceptos de Dios, de la religión, de la otra vida, son fantaseos envueltos en nebulosidades? ¿Que toda esta manera de discurrir adolece de vaguedad, de imprecisión? ¿Que *hacen falta* soluciones concretas? «¡Oh, *Sanchos prácticos, Sanchos positivos, Sanchos materiales!*»  
¿Cuándo oiréis la silenciosa música de las *esferas espirituales*?

¡Oh, la gavilla de seres rutinarios, la taifa de *hombres normales*, la pululante lechigada de misonieístas, la cáfila de cretinos razonables, la trulla de *filisteos*, el hatajo de prójimos adornados con todas las virtudes de la medianía, opilados de sensatez, pero ayunos de los banquetes de la imaginación y del sentimiento!... Entre ellos vivo, entre ellos sufro, y tengo miedo, mucho miedo, ¡un miedo horrible de que me vuelvan cuerdo!

¡Las soluciones concretas! Los *sistemas* definidos, completitos, con límites tangibles, al alcance de la mano; jardincillos simétricos, de calles rectas, bordeadas por antipático boj, sin más horizonte que la tosca sebe de entretejidas estacas, falsos vergeles en que ni siquiera se dis-

fraza el disfraz puesto á la naturaleza; mundos artificiales, mezquinos, en los que desde la puerta de entrada se ve hasta dónde se puede llegar y de dónde no puede pasarse... Á mí dadme campo abierto, espacio sin límites; dejadme que al escalar una cumbre se desgarre la carne de mi espíritu en los breñales, que desde las cimas contemple asombrosos panoramas, que descanse en los valles, que beba ilusiones en escondidas fuentes, que bañe mi alma en el caudaloso cauce del pensamiento, que sin más norte que el ansia del Bien, ni más brújula que el culto á la Verdad, ni más estímulo que el calor de la Belleza, me interne en el Océano de la vida, gozoso si antes del supremo naufragio sorprendo en alas de la brisa el embriagador perfume del Amor Universal.

Sí, hay que combatir la cobardía del pensamiento, la haraganería espiritual de quienes descansan en institutos externos, de quienes se erigen en tabernáculos de dogmas inatacables, y pretendiendo tener tanta letra menuda como un breviario,—aunque sus letras sean más gordas que las de un libro de coro,—embózanse hasta los ojos del espíritu en sutilezas teológicas, parecidas á las calzas del escudero de Alba, que al ponérselas, sólo Dios y él las entendían.

Para tales gentes el discurrir por cuenta propia tiene más espinas que un zarzal, y aferrados á tradicionales ficciones y emblecos, quieren hacernos creer que están en los ápices de lo temporal y de lo eterno; que para ellos los problemas de la vida y de la muerte son habas contadas; que en la conquista de la verdad, no por mucho madrugar amanece más aína, pues que al fin y al cabo tijeretas han de ser, viendo, como aseguran tener visto, más transparente que caldo de sopista, el destino final del hombre.

¡Mentira! ¡mentira mil veces! Nada saben, nada sabemos, nada sabremos. Por eso podremos esperararlo todo.

La duda, labrando nuestras entrañas espirituales, hácelas fecundas: como la generosa lanza de Aquiles, hiere y sana.

Me causan tristeza indecible esas almas tranquilas, sosegadas, silenciosas como un dormido lago y en las que, como en el lago dormido, si la superficie atrae con diáfana transparencia, en el fondo se depositan todos los detritus, se amasan todas las impurezas, cubriéndose cada manto de cieno con una capa de fango; y me atraen esas almas inquietas, bravías, que se salen del cauce, que derriban los diques, espíritus semejantes á

las aguas de un torrente que, atormentadas al caer, se rompen contra las rocas, desgárranse en los picos, rebotan en los peñascales, pero limpias, puras, cristalinas, saltan, suben, ascienden formando nítidas espumas, acariciadas por el beso caliente de los rayos del sol, almas que al chocar con los ásperos picos de la realidad, al rebotar, al desgarrarse, purificanse, y cayendo desde las mayores alturas hasta insondables abismos, elevanse en blanquísima nube que refresca el ambiente, y parece servir de pedestal de encajes y perlas al Amor, al Amor, alma del mundo.

Me causan tristeza indecible esas almas tranquilas, sosegadas, silenciosas como un desierto, áridas é infecundas; y me atraen las almas agitadas por dudas y anhelos, almas feraces, bosques frondosísimos en que sopla con violencia el huracán de las pasiones, desgajando ramas, haciendo caer frutos antes de sazón, arrebatando en revuelto vertiginoso torbellino hojas secas y tiernos brotes, pero fortificando el bosque mismo con vigorosa gimnasia, y arrancándole, al hacerle gemir, y bramar, entre sollozos y rugidos, un himno de grandiosa armonía, un clamor de esperanza que sonoro retumba, cual plegaria gigante, en los cóncavos cielos...

La vida es movimiento, es lucha, se alimenta de la muerte. Para que el pensamiento viva, hay que enterrar el pensamiento.

Si Alcides sepultando á Pirene

«un mauseol alsali de serres sobre serres,  
que mal arrestellades fan gemegar lo món»,

la conciencia humana, tras romper con ciclópeo arranque las cadenas de preocupaciones seculares, ahora, para sepultar creencias muertas, erigirá portentoso mausoleo desalmenando picos, descabezando cerros, descrestando montes, aglomerando sin orden aparente sierras sobre sierras, sistemas filosóficos, verdades científicas, cuya enorme pesadumbre hará gemir al orbe resquebrajado y convulso, hasta que conquiste el equilibrio perdurable, el equilibrio en el Amor.

¡Y yo quería hablar de la Moral, y de la Justicia, y quería hablar del libro de usted!... Qué-dese lo dicho como sumario del prólogo del libro en que he soñado por un momento y que nunca escribiré!

Sabe usted cuán de veras lo quiere su amigo

G. DE M.

## Bizkaitarrerías... y armas al hombro

SR. D. JOSÉ DE ARRIANDIAGA Y LARRINAGA.

Bilbao.

Respetable señor: Hace ya mucho tiempo que, desengañado de todo y de muchas cosas más, huí del mundanal ruido y dedico mis ocios á diversas tareas, pero no á leer periódicos españoles ni á escribir para el público.

No leyendo, pues, la prensa *de casa*, nada tiene de extraño que por lo que se refiere á los chismes de la tierra ande generalmente atrasadillo de noticias, y así no debe sorprender á usted que hasta última hora ignorase el *jollín* armado con motivo del folletito que hizo usted imprimir en Méjico.

Días atrás llegó á mis oídos el *runrún* de lo

La vida es movimiento, es lucha, se alimenta de la muerte. Para que el pensamiento viva, hay que enterrar el pensamiento.

Si Alcides sepultando á Pirene

«un mauseol alsali de serres sobre serres,  
que mal arrestellades fan gemegar lo món»,

la conciencia humana, tras romper con ciclópeo arranque las cadenas de preocupaciones seculares, ahora, para sepultar creencias muertas, erigirá portentoso mausoleo desalmenando picos, descabezando cerros, descrestando montes, aglomerando sin orden aparente sierras sobre sierras, sistemas filosóficos, verdades científicas, cuya enorme pesadumbre hará gemir al orbe resquebrajado y convulso, hasta que conquiste el equilibrio perdurable, el equilibrio en el Amor.

¡Y yo quería hablar de la Moral, y de la Justicia, y quería hablar del libro de usted!... Qué-dese lo dicho como sumario del prólogo del libro en que he soñado por un momento y que nunca escribiré!

Sabe usted cuán de veras lo quiere su amigo

G. DE M.

## Bizkaitarrerías... y armas al hombro

SR. D. JOSÉ DE ARRIANDIAGA Y LARRINAGA.

Bilbao.

Respetable señor: Hace ya mucho tiempo que, desengañado de todo y de muchas cosas más, huí del mundanal ruido y dedico mis ocios á diversas tareas, pero no á leer periódicos españoles ni á escribir para el público.

No leyendo, pues, la prensa *de casa*, nada tiene de extraño que por lo que se refiere á los chismes de la tierra ande generalmente atrasadillo de noticias, y así no debe sorprender á usted que hasta última hora ignorase el *jollín* armado con motivo del folletito que hizo usted imprimir en Méjico.

Días atrás llegó á mis oídos el *runrún* de lo

que pasaba, y recientemente, por carta de una hermana mía, adquiri más detalles.

Á usted debe de constarle que me había propuesto no volver á hacer *gemir las prensas* para tratar de la cuestión bizkaitarra, pero, como dijo *Preciosa*: «uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla: el hombre pone y Dios dispone: *quizá pensará que va á Oñez y dará en Gamboa*», y temiendo que de guardar silencio después de lo ocurrido, pudiere alguien, ahuecando la voz y con toda la prosopopeya que tan interesante argumento requiere, avanzar hasta las candilejas y exclamar poniendo aferruzado el gesto:

«Egli taci...

¡¡¡Traditor!!!»;

*me dije, digo*, vamos á enviarle á *El Liberal*, de Bilbao (1), una Carta Abierta para *Joala*.

Desde luego lamenté que se viera usted en calzas prietas, trocándose mi sentimiento en indignación cuando supe que su arresto y el decomiso de su folleto se atribuían á indicaciones hechas en un anónimo mandado á las autoridades... ¡Canalleseo proceder de algún cobarde ó

(1) Que no se dignó publicarla.

de algún imbécil capaz de imaginarse *buen patriota* por esa hazaña realizada en la sombra!

Eso, y las molestias y los disgustos que para usted y su familia se hayan seguido, constituyen la parte lastimosa de la tragicomedia. Lo demás es *género chico*.

Por lo visto el gobierno *maketo* tiene la mano dura.

Si no ha cometido usted mayores pecados que escribir el consabido libro, no veo razón para que tanto se ensañen *los sicarios de la libertad*. ¡Si cuanto dice la obrita es de una inocencia paradisiaca! Tentado estoy á creer que nadie la ha leído. Yo, francamente, *no salgo de mi apotheosis*.

Por si mi declaración como testigo en las causas que le instruyan (¡y vaya si son instructivas esas causas!), puede servirle de algo, ahí va todo lo que se me ocurriría decir en el supuesto de que compareciese ante los desalmados sacerdotes de Temis...

Pues verán ustedes... Los *miembros prominentes* de la Colonia Española en Méjico, después de alguna de nuestras fiestas, nos dimos un banquete para celebrar lo bien que lo habíamos hecho. En aquel *ágape que entrañaba honda significa-*

ción, como dijo ó pudo decir alguno de los conspícuos, entre las *cuatro ligeras vaciedades* que espetamos los Demóstenes de tanda, hubo *algo* de verdadera miga que me movió á escribir mi folleto «A propósito de un discurso de don Telesforo García», encomiando, mucho menos de lo que merece, á tan insigne pensador y patriota, cifra y compendio, para mí, de todo sentimiento noble y generoso. Ya metido en harina, me fui por esos trigos de Dios con el desparpajo y la desenvoltura de la ignorancia auténtica, disertando largo y tendido sobre los temas de HISTORIA, RAZA y LENGUA. ¡*Excusez du peu!*

En Méjico y en la Habana algunos chicos de la prensa, buenos amigos míos, me dieron un bombito de compadres, dejándome la mar de orondo; en los dominios del hogar doméstico me proclamé sociólogo eminente, distinguido estilista y *una porción* de cosas más; «y en tanto el mundo sin cesar *bogaba*—en el piélagó inmenso del vacío»...

Pero, ¡ah, señores Magistrados!: «Yo, inocente, en paz vivía» cuando ocurriósele á un muchacho de mi pueblo—(la cuña, para que apriete, ha de ser del mismo paló)—publicar en *Patria* de Bilbao, dos ó tres cartas poniéndome como chupa de dómíne, porque en mi malhadado folleto tuve

la avilantez de hablar de la Historia, la Raza y la Lengua de España como si fuesen la Historia de mi Patria, mi Raza y mi Lengua, habiendo nacido yo en la merindad de Marquina...

La publicidad que tuvieron esas cartas hizome que, tirando gallardamente de la péñola, endilgase á mi cariñoso compañero de escuela el folleto *Cartas á un Bizkaitarrista furibundo*, habiendo impreso cincuenta ejemplares, de los cuales seis ú ocho, á lo sumo, pasarían el charco... Fué mi intención escribir un trabajo ligerito, sin ocurrírseme por un momento que se conociese fuera del círculo de mis amigos... Jamás pretendí meterme en un estudio *completo* de la historia de los vascos...

Pero el diablo, que todo lo añasca, hizo que mi libracó cayese en manos de don José de Arriandiaga, quien en menos que se persigna un cura loco hilvanó algunos artículos, publicados también en *Patria*, sirviéndome un suculento *refrito*... que es el que parece habersele indigestado á la *autoridad*.

Aunque *de guante blanco* (como decía yo cuando era gacetillero), ¡vaya un modo que tiene don José de zurrarme la badana! Empieza haciéndome cisco el titulillo de mi folleto porque no ví

que constituye sacrilegio llamar bizkaitarrista al bizkaitarra aficionado á las cosas de *Biskaya* y á su estudio. ¿Merecerá la horca quien jure que puede ser orientalista un persa y americanista un guatemalteco?...

Después *Joala* me enseña varias cosas que yo ignoraba realmente y rectifica algún error mío. Verdad es que abusa de atribuirme afirmaciones categóricas allí donde mi pícaro escepticismo me lleva únicamente á exponer opiniones ajenas, lavándome las manos. Tampoco faltan en las *Cartas á un Españolista* argumentos «de ida y vuelta», de esos que pueden volverse del revés, como un calcetín...

En fin, varapalo va y rapapolvo viene, me propina el buen señor una fraterna regular.

Y yo todo eso lo llevo resignado: y no digo que con alegría por ser demasiada perfección para quien está en los cristus de la virtud, como decía el papá de Fray Gerundio de Campazas.

Pero, ¿meollo, enjundia, tuétano?...

Permitaseme que *divague* un momento. Mis *Cartas á un Bizkaitarrista* son verdaderamente deliciosas: elegancia y amenidad, economía y aseó, allí hay de todo lo bueno: aunque *Joala* pretende que faltan lógica, geografía, obstetricia ó

algo por el estilo, y otro puñado de ciencias. Pero, créanme ustedes á mí: junto á una vena humorística de la mejor cepa, puse la grandilocuencia á borbotones... Y, si no, ahí están media docena de amigos que no me dejarán mentir. La verdad es que yo quisiera repetir ahora todo lo que allí dije, entre otras razones, porque entonces volqué el fondo del cofre y me costará mucho trabajo sintetizar *mis ideas*.

Piensa el señor de Arriandiaga que me propuse «atacar á la raza vasca, deseando que muera, como si se hallase compuesta de víboras»; mas juro en *Jaun-Goikua eta Lagi-Zarra*, y hasta por el yelmo de Mambrino, para reforzar la solemnidad del acto, que no fué tal mi propósito. Y juro igualmente, á fuer de hombre honrado, haber creído y seguir creyendo que las ideas expuestas en mi folleto suponen amor más hondo, amor más verdadero hacia las gentes y las cosas vascas, que el obcecado cariño, la ciega y mortal pasión de los sedicentes nacionalistas.

Lo que sucede es que cada uno tiene su modo de matar pulgas.

Crean las aguerridas huestes del pobre y simpático Sabino de Arana (¡cuatro soldados y un cabo!) que la gloria se conquista aprisionándose

voluntariamente en el último baluarte de aislada fortaleza y dejándose morir de inanición; y yo sostengo que para llegar «de la inmortalidad al alto asiento», hay que pelear en campo raso. Aspiran ellos á la atrofia progresiva por voluntario encogimiento; mientras yo pretendo que el espíritu vasco se vigorece al extenderse con el libre y poderoso ejercicio de todas sus valiosas facultades.

Es para mí el bizkaitarrismo moneda falsa. Tiene el agradable son y el hermoso brillo del regionalismo de buena ley; pero pronto asoma el cobre separatista.

¡Lo legítimo torpemente amalgamado con lo ilegítimo: el noble anhelo del cultivo de la propia personalidad mezclado y revuelto con el absurdo prurito de regresión, de debilitamiento, de muerte!

A fuerza de repetirse en todos los tonos, especialmente desde que nos ha entrado comezón de regenerarnos, ya resulta pedestre y supereursi decir que mirando atrás nos convertiremos en estatua de sal como la mujer de Loth, pero séame lícito darle otro golpe á la frasecita y brindársela á Joola. Sí, es necesario mirar para el porvenir, y el porvenir está reservado á los pue-

blos fuertes, á las agrupaciones máximas que vayan preparando EL INDEFECTIBLE ADVENIMIENTO DE LA AGRUPACIÓN ÚNICA... admitiendo, naturalmente, todos los distingos, salvedades y cortapisas que el señor Fiscal, con suprema sabiduría, se digne imponer desde ahora al pensamiento y á la acción de las futuras generaciones.

En cuanto á la LENGUA, ¿qué culpa tengo yo de que no haya seguido el desenvolvimiento universal?

El espíritu vasco *ha crecido*: ha crecido paralelamente al espíritu de otros pueblos, cual pueden crecer paralelamente un etiope y un finlandés, sin que dejen de ser «moreno mate» el uno y rubio como unas candelas el otro.

Y comparando el espíritu humano á una chinita de la *haute gomme*, los bizkaitarras se obstinan en que su espíritu sea *el pie*, aprisionado en férreo estuche que no le deja crecer y le deforma. Póngasele un calzado holgadito y los vigorosos *músculos del espíritu* vasco llevarán á éste, triunfante, sobre toda la haz del planeta.

Por otra parte, acerca del carácter separatista que en el fondo, muy en el fondo, adquirieron nuestras tristísimas guerras civiles, allí donde como en las Vascongadas y en Cataluña, el len-

guaje se diferenciaba más del castellano, creo que nadie ha hecho hincapié y que se podrían decir cosas muy atinadas.

¿Que hasta ahora en mi declaración me limito á brevisimo resumen de mis propias ideas, sin decir gran cosa de las del señor de Arriandiaga? ¡Perdón, señores Magistrados, se me han olvidado los lentes! Sin embargo, por habérseme montado en las narices, alcanzo á ver esta *idea* que tal vez sea la que desató los furios gubernativos:

*«Ea, pues, guipuzcoanos, navarros, alabeses, zuberoanos, bizkainos y henavarros! á gritar todos:*

¡¡¡VIVA LIBRE LA RAZA VASCA!!!

Cuando leí esas líneas no pude menos de exclamar:—¡Es mucho don José éste! ¡Bien, hombre, bien! ¡Vivaaaaa!... ¡Y vivan libres los vecinos de Iturrigorri; y vivan libres los hijos de Joshé-Mari; y vivan libres las nietas de Mari-Antoñi!...

¡Pues no faltaría más! Déjesenos en libertad para volver en dos zancadas al estado de tribu, para desmenuzarnos más aún, para que cada uno de los libérrimos y felicísimos tataranietos de Aitor podamos gritar:—*¡Mi Estado soy yo!*...

¿No habrá en el fondo del bizkaitarrismo la

levadura del consejo (funesto como casi toda la falsificada *sabiduría de las Naciones*) formulado en el «más vale ser cabeza de ratón que cola de león»? ¿No será el pataleo de la impotencia, de la incapacidad de los agitadores—(no de «la raza»)— para dirigir «grandes grupos», para influir en escenario más vasto? ¡Quién sabe, quién sabe!... Parece que Arana valía... ¿Por qué no aspirar á ser cabeza de león?...

No tengo más que decir á ustedes.

Pero con usted, mi buen señor de Arriandiaga y Larrinaga, sí quiero prolongar la charla algunos momentos.

Un mutuo amigo debe de haberle comunicado mi resolución de no contestar *en letras de molde* la serie de folletos con que me amenazó usted. Y, en efecto: rehuía entonces y rehuyo ahora formalmente toda discusión. ¡Qué quiere usted, no tengo alma de polemista! Eso de que de la discusión nace la luz, me parece una de tantas tontorías consagradas! Lo que suele suceder es que los contendientes se acaloren, atufen y quemén, hasta que lleguen á echar chispas, y tal vez que alguno vea las estrellas, pero nada más.

Es más sereno, y en cierto modo más imper-

sonal, por cuanto es más desapasionado, exponer que discutir. Y la galería puede juzgar con criterio más frío.

Sin contar con que, dadas las circunstancias, ni usted podría escribir á gusto ni estaría bien que yo me las diera impunemente *de gallo*. Repito que eludo siempre que puedo una discusión, y además en este caso

«imposible la hais dejado  
para vos y para mí».

Y maldita la gracia de revolver librotos viejos, extractar doctrinas, exponer teorías y tocar *sinfinidad* de puntos históricos y de filosofía del derecho, de los que entre otros autores célebres creo *hemos* desflorado *Joala* y yo... tal vez *Tarde y Kondaño* (1).

Por la misma razón renuncio á sincerarme de la fuga de algún gazapo que usted pretende cobrar. Pero acude á las teclas de mi *type-writer* aquello de:

«advierte que es desatí-

(1) Expresivo sendónimo del señor don Angel Zavala, si no estoy trascordado.

si es de vidrio tu tejá-  
tomar piedras en la má-  
para tirar al veci-»

Sé que le crisan á usted los nervios mis citas poéticas y le ruego me perdone. Es un *tick*, una manía...

Hay quien para perder el vicio del cigarro adquiere el de desfibrar palillos de dientes. Yo, de chico, decía *concho*, *pucheta* y *badajo* á la vuelta de cada verbo, y ahora, cuando escribo,—¡no lo puedo remediar!—luzco la erudición adquirida *mayormente* en los teatros por horas. Caigan, pues, sobre Celso Lucio, Paso, Arniches, Sinesio Delgado y *tutti quanti* los anatemas de mis lectores.

Y vamos, que también usted se trae sus *martingalitas* y *funge* de *chirigotero* como, por ejemplo, cuando con gracia y oportunidad recuerda á Becquer, al hablar de los vascos que tienen los ojos verdes... *de las huris del profeta*; y cuando, más serio que un plato de habas, opina que Sabino fué *el mayor talento de Jesucristo á la fecha*. ¡*Guasoncibilis!*

Y á propósito de chistecitos. Lo que *me hizo de veir las tripas* fué que con motivo de esta

estupenda alharaca, donde han sido tanto el ruido y tan pocas las nueces, algún periódico me llama *rico hacendado*. ¡No me lo hará bueno! Lo que hay de cierto es que en unión de otros caballeros tengo en el Territorio de Quintana-Róo (Península Yucateca) un *bochito* de 640.000 hectáreas de bosques vírgenes y *demi-vierges* con abundancia de maderas preciosas y del rico chicle y el tan aplaudido henequén, sin que falte *hule*. Para amenizar el paisaje *tenemos* varios centenares de indios Mayas bien pertrechados de armas y municiones, tal vez en la caritativa Belize por los colonos de la *pérfida Albión*, y capitaneados, según mis noticias, por un clérigo de la hidalga Iberia.

Pues bien, pongo esos terrenos á la disposición de mis oprimidos paisanos que huyendo del ominoso yugo de Castilla quieran expatriarse. De ese modo haría obra *patriótica*... y de paso resolvería el problemita de llevar brazos á aquel delicioso clima. *¡Les affaires son les affaires!*

Volviendo á nuestro asunto.

Desengáñese usted, don Pepe: ni su folleto ni el mío valen dos cominos. Usted, á mi juicio, concede importancia excesiva á los tiquismiquis etnológico-históricos. Le trae á usted á maltraer

su culto á la tres veces excelsa Tradición, á lo añejo, á lo rancio... ¡Lástima que *todo eso* esté tan de capa caída! Recuerde usted con qué profunda melancolía suspiraba Roberto Robert: «...el Poder Temporal se desmorona... *suerte igual á la de todo lo grande*. ¡El megaterio también ha desaparecido!»

En mi humildísima opinión el prototipo del pueblo vasco no ha de ser un oscuro ermitaño que recluyéndose en las fragosidades de Amboto ó de Morumendi muriese sin dejar huella de su paso; sino (como ha observado un pensador ilustre), el intrépido Ignacio de Loyola, que ha sabido transmitir su espíritu á innumerables legiones de hombres de todas las razas del globo... Sí, hay en la figura de Loyola extraordinaria grandeza; como la hay, sin duda, en la de Atila... Loyola fué un conductor de hombres, un verdadero *leader*, superando incuestionablemente á todos los demás por la fuerza «expansiva» de su espíritu. Esa, esa es la característica del pueblo vasco: la acción-expansión. ¡Ah, si el *loyolismo* que tanto abarca no se hubiese obstinado en *barrer para adentro!* Pero á la obra de Loyola le quedó un fondo de exclusivismo, de egoísmo de espíritu corporativo, una tendencia á convertir á la hu-

manidad en rebaño y á los jesuítas en asociación de trasquila y aprovechamiento, y por eso ha levantado tantas resistencias y acabará por ser barrido de este *bajo mundo*, como algo opuesto á la cooperación, á la solidaridad, á la noble generalización del bien.

Procuremos llevar nuestro loyolismo, pero un loyolismo *altruista*, al comercio, á la industria, á las ciencias, á las artes, á la filosofía, á la política; lancémosnos á la conquista del mundo, empezando por lo que tenemos más á mano... ¡Bizkaitarras, hermanos míos, *conquistemos á España!*.. ¡¡*Ele!*!

¿Ve usted, don Pepito, ve usted cómo mis ambiciones de gloria para Vizcaya—mejor para Vasconia—son más grandes que la de los *nacionalistas* de su quimérica NACIÓN, que la de esos.....

Tate, tate: á despecho de mis pacíficas intenciones estuve á punto de soltar algo fuerte; pero no es caballeroso asestar *á moro muerto gran lanzada*.

Aunque eso de «moro muerto» es sólo un *modus loquendi*, si usted poseyera mi cultura *clásica* no dejaría de contestarme:

«*M'haçéis de reir, don Gonzalo*».

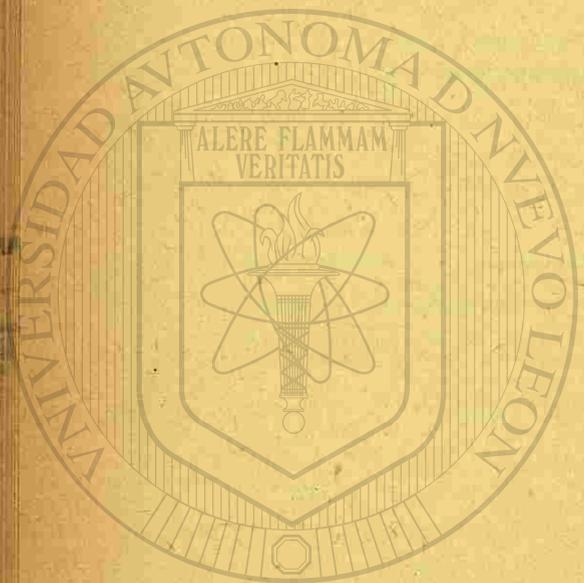
De cualquier manera, seguramente murmurará *con risa sardónica*:

«Los muertos que vos matáis gozan de buena salud»;

y créame que sinceramente se la desea á usted muy cabal su atento servidor en el Amor de la Humanidad, que será la Suprema Ley de Mañana, — (¿me explicó?)—

G. DE M.

Méjico, 1.º de Enero de 1905.



## Vicios de expresión

La Puebla de los Angeles, 22 de Diciembre 1904.

SR. D. VICTORIANO SALADO ALVAREZ.

Méjico.

Mi querido amigo: La cariñosa solicitud con que me pide usted que le ayude á reunir materiales para su proyectada obra, relativa á determinados tropiezos en el lenguaje, obra-faro que guíe «á los chicos»—y á los grandes—por entre muchos escollos de la tontería hablada y escrita, facilitándoles su evitación, recuérdame,—guardadas honestamente las distancias, por cuanto á mí se refiere,—lo que el pobre Antón de Montero (el Ropero de Córdoba) escribió «*Al Marqués de*

*Santillana porque le dijo que le ficiese qualche obra»:*

«Qué cosa tan de excusar  
vender miel al colmenero  
y pensar crecer el mar  
con las gotillas del Duero...  
y ante la vuesa merced  
assayar ningún buen fecho».

¿Cómo podrán las briznas de mis menguados conocimientos acrecer el copiosísimo caudal del saber de usted, sus tesoros de observación, el fruto de su laboriosidad? Sólo me ocurre ayudarle como pudiere contribuir un gañán á los descubrimientos de algún eminente patólogo: prestándome á servir de «caso» práctico, embotornando media docena de cuartillas cuyo análisis dé á usted motivo para señalar resbalones y caídas.

Son innumerables los dislates, las majaderías que á diario escribe todo el mundo por ignorancia ó por descuido, y resultaría empresa análoga á la de pretender vaciar el mar con una concha, intentar reunir en ordenado catálogo no ya todas

las faltas contra el lenguaje, sino simplemente las principales *variedades*. Así en estos casos hay que recurrir á la síntesis, á la formación de grandes grupos dentro de los cuales, á medida que se especialice su estudio, se formulen nuevas clasificaciones, se tracen subdivisiones, se distingan familias.

Tal vez haya usted reducido á las especies siguientes los vicios que se propone fustigar:

I.—*Deformación de palabras.*

II.—*Eclipses del sentido común*—(ú otra denominación parecida).

III.—*Empleo inadecuado de voces* cuya significación real y verdadera desconoce quien las usa.

La «deformación» de las palabras débese, generalmente, á la rudeza del vulgo. Pensando en él hízose el irónico cantarillo:

«Cuatro cosas bien dichas

dice la gente:

*hospita* y *vesita*,  
*trimulto* y *juente*».

Como esas cuatro hay centenares de voces en el vocabulario de la *plebe ignara*, la cual plebe ignara ejerce á la larga en el idioma un influjo

mucho mayor del que ella misma y algunos doctos y sabihondos suponen.

Los eclipses de *sindéresis* hay que atribuirlos piadosamente á la precipitación con que se escriben ciertas cosas. Los folletines á lo Ponson du Terrail y á lo Xavier de Montepin ofrecen inagotable vena. ¿Se acuerda usted de aquella dama *cuya mano estaba fría como la de una serpiente?* ¿Pues y *el banquero que se paseaba febrilmente en su despacho, las manos cruzadas en la espalda y leyendo con avidez un periódico?* Es fuerza imaginar á este personaje como una especie de ciclope invertido ó como un Jano de nuevo cuño. ¿Y no es soberbio el pasaje donde se dice que *la hermosa marquesa, llena de asombro, exclamó: ¡Oh! en correctísimo inglés?*

Pero si las dos categorías de vicios que acabo de señalar tienen su explicación y pueden ser perdonadas, la tercera, el empleo de voces con desconocimiento de su significado, merece que sin contemplaciones se siente la mano á los claudicantes; y entiendo que á esa tarea se dirige especialmente su aludido trabajo.

Es indecible el daño que causan algunos escritores de audacísima ignorancia; pues lectores hay para quienes, por estar en letras de molde,

cualquiera gacetilla es el Evangelio—(así como para otros el Evangelio no pasa de ser una gacetilla)—y adquieren en los periódicos un arsenal de expresiones torcidamente interpretadas con las que realzan, bordan y recaman la conversación.

Diariamente oímos, por ejemplo, aun á personas *ilustradas* emplear en el sentido de *culminante*, de *más alto*, el adjetivo «álgido», que según el léxico oficial sólo significa: «acompañado de frío glacial»—y, claro es, resultan de ese empleo vicioso disparates graciosísimos.

¿Y el geógrafo que en una memoria científica dice *climatérico* por *climatológico*?

En cierta tertulia de gentes timoratas, habiendo hecho yo alguna observación humorística, díjome un andaluz muy bruto (¡Dios le haya perdonado!), dándome una palmadita en el hombro: «¡Camará y qué *sátiro* es usted!» El imbécil quiso llamarme *satírico*.

El mismo, por decir que cierta maldiciente dama tenía una lengua *viperina*, nos aseguró que la tal señora tenía una lengua *óptima*.

Otro andaluz, excelente amigo mío, á quien de todas cosas quiero, hombre que ha escudriñado el planeta buscando compradores para sus vinos

de Jerez, me refería muy formal que ha recorrido los cinco hemisferios. ¡Recorrer es!

Por el prurito de emplear terminachos que suenen «elegantemente», dicense tonterías asombrosas. Algunos de los *ejemplares* de desatinos que me citó usted son deliciosos. El *anti-insecticida* es un verdadero hallazgo: merece esculpirse. —Y por cierto, me recuerda el apóstrofe de mi portera al tenorio de *cacle* que pretendía ser su yerno por detrás de la Iglesia: «¡Chihuahua!... ¡No me l'and'usté *desinquiétandol*!».

La tarea á que va usted á dedicarse me parece utilísima, aunque difícil y de ejecución necesariamente incompleta, por la abundancia de la materia que fluye á borbotones de inagotable manantial.

En cuanto á la forma, la de Diccionario que han seguido para sus colecciones de modismos, refranes, etc. Ramón Caballero, el eruditísimo y ameno Presbítero Sbarbi (y creo que Bastús y Covarrubias, cuyos trabajos no conozco), es la más clara y la que más facilita cualquier consulta. Montoto y Rautenstrauch tiene «*Un paquete de cartas*», en las cuales emplea numerosos modismos que luego explica en notas. Sin embargo, si dispone usted de tiempo (ya que *mimbres* so-

bran á su agudísimo ingenio) creo que podría hacer la obra en forma dialogada y sin duda obtendría resultados inesperados, gracias y sales que excitaran agradablemente el paladar del lector.

Ahora bien, metido á desfacer agravios y á enderezar entuertos, pareceme que su esforzado brazo debe emplearse en otro sinnúmero de empresas. Hay tela cortada.

Así por ejemplo. Mientras no se adopte la ortografía *rrazional* (y no sé, entonces, cómo nos las compondremos para distinguir algunas palabras que se pronuncian de idéntico modo), conviene recomendar á las gentes que no confundan *basto* y *vasto*, *esotérico* y *exotérico*, *acerbo* y *acervo*, *sima* y *cima*, etc., etc.; pues por el cambio de una sola letra se arma á lo mejor un bati-burrillo de mil demonios.

Junto á todos los malandrines y follones que acabo de señalar al noble coraje de usted, precisa colocar los singularísimos pedantes que andan á la rebatiña de palabras raras, gongorinas á machamartillo, como si todo el intríngulis de la elegancia del estilo fincara en despabilar voces que yacen acurrucadas y fosilizándose en las estrechas líneas del diccionario.

Bien podría usted atizar á esos estrambóticos personajes—empeñados en que nadie les entienda y en que por lo tanto se les suponga seres hondos y talentados—un varapalo como el que magistralmente propinó á los abuelos en tontería de tales chiflados, el sutilísimo autor de *La Culti-Latini-Parla*. Y no fué Quevedo el único que ridiculizó manía semejante. En nuestros clásicos, que usted conoce tan á fondo, hay muchas amenas páginas escritas con ese motivo. Ahora sólo me viene á las mientes aquella saladísima epístola de Garay al Genovés (en *La Garduña de Sevilla*) donde lo que se dice de los alquimistas parece escrito á propósito de los autores de quienes hablo.

Y, si no, oído al parche:

«Si á interpretar jerigonzas  
de vocablos inauditos,  
andáis de autor en autor,  
¡no veis, no veis que ellos mismos,  
cuando se dieron al ocio  
de sus estudios prolijos,  
para desvelo de necios  
escribieron en guarismos?»

¿Y no parecen dedicados á quienes alardean de zambullirse en lo abstracto, practicando profundísimos y oscuros buceos psicológicos, estos cuatro versos de la misma carta?:

«Lo enigmático y dudoso,  
pretendiendo ser Edipos,  
¿queréis deslobreguecer,  
cayendo en mayor abismo?»

Repito que hay paño de donde cortar y que puede usted hacer obra meritísima enzarzándose con todos los ofensores del idioma; pues como el bostezo, la tartamudez, y la risa y el llanto, y otras manifestaciones de estados psicológicos y fisiológicos, la tontería escrita es terriblemente contagiosa, y al paso que vamos, entre los «imbéciles *per se*», los «descuidados *per accidens*» y los *superferolíticos*... no va á haber bicho plante ó mamante que deje de tropezar y equivocarse. Seguramente acabaremos porque nos suceda lo que á un personaje de cierto diálogo de Vital Aza, que todo lo trabucaba y confundía:

«¿Lo ve usted?  
¡Yo también me he *equivocado!*»

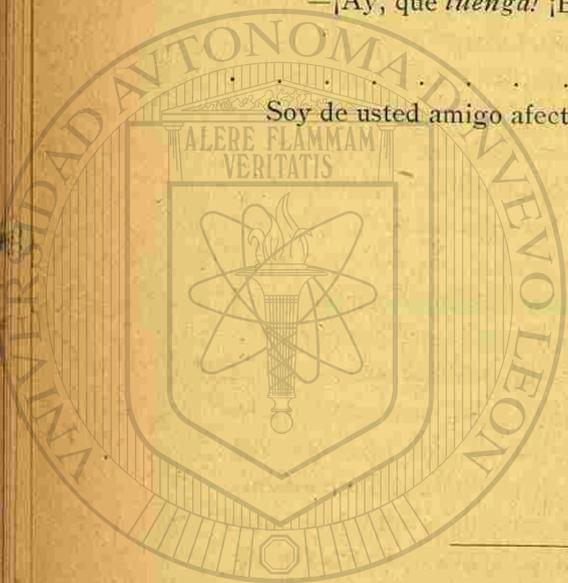
—Pues lo siento *mecho*.

—¡*Macho!*

—¡Ay, qué *luenga!* ¡Es un *trabijo!*»

Soy de usted amigo afectísimo,

G. DE M.



## Album-manía

(Para AMADO NERVO).

La moda de escribir versos en los abanicos, se la llevó el aire.

Ya los periódicos anuncian que pronto al mandar tarjetas postales podremos hacer lo que de antiguo venimos haciendo en casi todos los *actos serios* de la vida: sustituir los *pensamientos* con *palabras, palabras, palabras*; pues un *vivo* acaba de inventar tarjetitas que *se impresionan* (¡pobrecillas!) con la voz del remitente y colocadas después en un fonógrafo adecuado le dicen á *Chole*: «Eres muy remonona y te manda un besito tu—Serafin»,—ó le gruñen al propio don *Robustiano*, padre de la mismísima *Soledad*: «¡So sinvergüenza! Es *ustez* un tío sin *lacha* y si no me manda *ustez* el *parnisari* le armo á *ustez* una *escandalera* de *órdago*.—Paca la *Esgalichá*.»

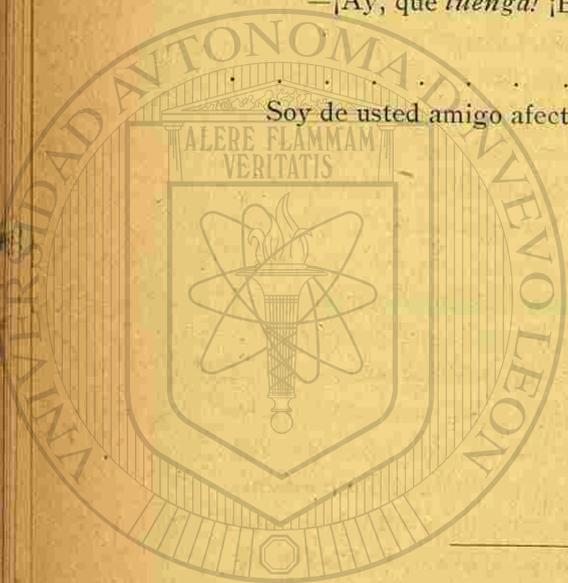
—Pues lo siento *mecho*.

—¡Macho!

—¡Ay, qué *luenga*! ¡Es un *trabijo*!»

Soy de usted amigo afectísimo,

G. DE M.



## Album-manía

(Para AMADO NERVO).

La moda de escribir versos en los abanicos, se la llevó el aire.

Ya los periódicos anuncian que pronto al mandar tarjetas postales podremos hacer lo que de antiguo venimos haciendo en casi todos los *actos serios* de la vida: sustituir los *pensamientos* con *palabras, palabras, palabras*; pues un *vivo* acaba de inventar tarjetitas que *se impresionan* (¡pobrecillas!) con la voz del remitente y colocadas después en un fonógrafo adecuado le dicen á *Chole*: «Eres muy remonona y te manda un besito tu—Serafin»,—ó le gruñen al propio don *Robustiano*, padre de la mismísima *Soledad*: «¡So sinvergüenza! Es *ustedes* un tío sin *lacha* y si no me manda *ustedes* el *parnisari* le armo á *ustedes* una *escandalera* de *órdago*.—Paca la *Esgalichá*.»

¡Todo pasa, todo cambia, todo *evoluciona*, como dicen los *científicos*! ¡Sólo permanece impertérrito, incommovible, inmutable, el tiránico Album!

¡Maldito sea quien le hubiere inventado, y maldita su descendencia hasta la enésima generación!

Aquí mismo, en la última cena del Liceo, dijo Fernando Iglesias unos delicados versos escritos para el Album de alguna amiguita suya, y con ese motivo comentábamos las dificultades del género... ¡Que si es difícil! ¡Pregúntenmelo á mí!

Yo no quisiera despertar las quisquillas patrióticas de mis estimables consocios asegurando que mi chorro poético se parece al *pulque* en que ni el uno ni el otro son potables, en que uno y otro marean, y en que de uno y otro por poco precio se da *abundante medida*... Juro por la lira de Homero y la zambomba de Carulla que para mí es un juego de chiquillos versificar la plana de anuncios de *El Imparcial*; juro también que cuando *me suelto* me voy como punto de media; declaro que ningún metro consigue arredrarme, ni hay consonante cuya rebeldía no dome, así perniquiebre vocablos ó recurra á otros punibles extremos; y aunque cierto querido amigo mío

sostiene que las menos malas de mis *composiciones* no pasan de ser *retórica rimada*—¡e ingratamente rimada!,—no puede negarme una funesta facilidad para ir enjaretando adverbios y adjetivos... Pues bien; á pesar de todo eso, no conozco tortura mayor que la que me espera si cualquier graciosa muchacha me dice con su boquita sonriente, haciéndome un mohín entre protector y suplicante: «¡Le voy á mandar á usted mi Album!»

Y es que aquello de:

«Yo canto por cantar, como la alondra  
cuando aparece el sol»,

no reza conmigo. Déseme un ápice de asunto, y lo volveré del revés y del derecho, y lo alargaré, y lo recortaré, y lo adornaré; pero aún no he descubierto el modo de escribir *sin tema*. ¡No es cosa fácil hinchar un perro!

En otra época me halagaba mucho que por esos álbumes de Dios anduviese mi firma *codeándose* con la del fúnebre Tristán Saucedo ó la del festivo Plácido Alegría, á quienes si entonces admiraba como á usufructuarios de sublime estro, hoy catalogo entre los alcornoques incurables; pero «ya me comen, ya me comen—por do más

pecado había»—y mis *relaciones* me obligan á despachar versos como si despachase percal, por varas.

En cambio, mis venganzas son crueles. La última la ejercí hace ocho días desplegando verdadera saña. Oid:

### Cháchara

(PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA ESPERANZA X.).

Señorita: yo quisiera encontrar una manera decorosa de eludir el compromiso.

Pídame usted cualquier cosa: pídame usted, si es preciso, que haga juegos malabares ó me pinte dos lunares en la *fas*;

pídame cualquier exceso: de todo eso soy capaz, ¡de todo eso!

Pero no pretenda usted que me enzarce con la rima, pues no sé.

Yo le juro por mi fe que dan grima mis *poemas* y *canciones*.

¡Si yo soy un adoquín! aunque al fin adoquín sin pretensiones, porque ya me he convencido de que no nací poeta, y me encuentro decidido á *cortarme la coleta*.

Pero mientras me la corto, yo no quiero sentar plaza de grosero, y por eso estoy absorto, pues quisiera encontrar lo que no encuentro aquí dentro...

(señalando la mollera).

(Esta pausa viene á ser algo como un *calderón*, para ver

si baja la inspiración).

Perdóneme, Esperanza, si me callo  
tantos minutos y á *trovar* no empiezo;  
pero es sencillamente que no hallo  
la coyuntura de meter el cuevo.

Si acaso fuese usted de esas muñecas,  
vanas é insustanciales,  
que se ponen muy huecas  
cuando alguien les dedica madrigales,  
yo saldría bien pronto del apuro;  
pero precisamente  
es usted una muchacha inteligente,  
con sentido común, y de seguro  
de mí se burlaría  
—¡amable y discretísima Esperanza!—  
si topando en la cándida manía  
de escribir su hiperbólica alabanza,  
diligente moviera el diccionario  
convirtiendo el idioma en incensario.

Y si para estas fechas  
corre por esos mundos, indiscreto,  
más de un Album repleto  
de románticas églogas y endechas

que ha escrito este sujeto,  
como aunque alguno piense que es mentira  
soy hombre de conciencia,  
he acordado conmigo que mi *lira*  
no se vuelva á poner en competencia  
con mis cofrades los poetas chirles,  
renunciando á seguirles  
por la senda del ripio y del cascote.

¡De las páginas de Album, fiero azote  
quiero dejar de ser! ¡Rimen tranquilos  
desde el vate melifluyo y sonoro  
que en cítara de oro  
sólo canta corolas y pistilos,  
hasta el que imaginándose Espronceda  
rebusca atrevimientos de lenguaje,  
y no la inspiración, sino el ropaje  
de aquella musa excepcional, remeda;  
y extremando el ultraje,  
con gárrula parola

reflejo de su estéril fantasía,  
osado y torpe forzador, viola  
la Virgen Poesía;  
mas cuando sueña en inefables goces,  
arranca solamente ásperas voces  
sin ritmo ni armonía.....

Hay un tipo mejor: el sorprendente  
tipo chusco del *vate* decadente,  
perfectísimo beocio  
que se lanza al sacerdocio  
de las Musas,  
con imágenes confusas  
y retórica grotesca:

«¿Habéis visto en noche clara  
esa rara,  
grácil y funambulesca  
teoría  
de multicolores tules?  
¡Se diría  
que son hálitos azules,  
que son voces irisadas  
de los glaucos abedules  
estallando en carcajadas,  
—tintinantes campanillas—  
porque el plácido Favonio  
está haciéndoles cosquillas!»

¡Son los tales el demonio!  
¡Y el demonio que soporte  
*poesía* de ese corte!

Aunque tal vez resulta más grotesco  
el fatuo que presume de profundo  
y pretende asombrar á todo el mundo  
con su saber libresco,  
pero falto de envidia y de meollo,  
tropieza en el escollo  
de cambiar de opinión todos los días,  
entonando lo mismo  
trasnochadas insulsas letanías  
ó un canto de vulgar escepticismo.

Generalmente esos  
escriben, alardeando de *traviesos*:

«¡Oh, Dios, si acaso existes, yo quisiera  
conocerte y amarte,  
pero en ninguna parte  
alcanza á descubrirte mi ceguera.

En vano el pensamiento  
elevarse pretende, en vano intento  
escudriñar esfera tras esfera:

el último fulgor, ¡luz vacilante!  
de una fe que se apaga, no es bastante  
para rasgar las nieblas de la duda.....

Aunque en el cielo, ¡oh, Dios!, hallarte ansio,  
está el cielo vacío;  
é interrogo á mi alma, y está muda.....

Quiero á veces orar y mi plegaria  
sube á perderse en el azul desierto.....

La Ciencia, como losa funeraria,  
este epitafio ostenta: ¡Dios ha muerto!.....

Y concluyen de prisa, muy de prisa,  
¡por no perder *su* misa!

Otros muchos, injertos en tenorios  
hacen, si pescan Album, cada hoja  
archivo de sus lances amatorios,  
y nada les detiene ni sonroja.

¡Algunos estarían muy contentos  
si pudiesen firmar estos FRAGMENTOS:

caímos; y al unirse nuestros cuerpos  
en delirante espasmo,  
encontré el paraíso en tus pupilas  
y la vida en tus labios.....

No nos hizo caer la sed impura  
de carnales halagos:  
en el beso febril de nuestras bocas  
dos almas se besaron.....

Tremendo sacrificio, fuiste mía,  
—¡te diste sollozando!—  
mas no estrujé tu honra al estrecharte  
en mis nervudos brazos:  
caímos por amor, y amor que peca  
¡santifica el pecado!.....

¿Es acaso *todo eso* poesía?  
No, sino afectación, palabrería,  
mecánico artificio:  
es rebajar el Arte hasta el oficio;  
convertir el Parnaso en mancebía;  
prostituir y envilecer la Musa  
que, forzada mil veces,  
ya ni las complacencias más soeces  
á su bellaco forzador rehusa,  
sin que éste mire, ¡ciego!,

todo lo que su víctima le niega:  
el tierno, el hondo, el espontáneo fuego  
de la mujer que por amor se entrega.

Leyendo cuanto digo,  
(si á tal extremo su paciencia alcanza),  
pasmarse, benévola Esperanza,  
de ver que á mis *congéneres* fustigo;

pero no debe echarlo á mala parte:  
precisamente porque adoro el Arte,  
de la impotencia artistica maldigo;  
y reputo solemne majadero  
á todo vate chirle, yo el primero.

¿Falsa modestia? ¿Orgullo disfrazado?

No, Esperanza, blasono de sincero  
y no me reconozco aquel pecado.

Ni es porque me deleite la censura  
ó juzgue todo malo por sistema.

Aplaudo con placer si en un poema  
la inspiración fulgura:  
envidia, pero aplaudo, la ventura  
del poeta que siente  
que ilumina los mundos de su mente,  
de aquella inspiración algún destello,  
y lo aprisiona y á vivir le obliga  
*en verso como el oro sin la liga:*  
*radiante, dúctil, poliforme y bello.*

De hombre prosaico mi vulgar corteza  
oculta un rudo corazón que late  
por el Bien, la Verdad y la Belleza;  
y si del mundo en el feroz combate  
tal vez lo entenebrece la tristeza,  
no le falta algún rayo de alegría.....

Una mujer que quise me decía:  
«Cual del tiempo divídense el imperio  
la Noche, con su sombra y su misterio,  
y, con la magia de su luz, el Día,  
tu alma de poeta  
al Dolor y al Placer está sujeta;  
y parecer estoico es vano empeño  
en quien tiene, cual tú, la sangre hirviente»...

¿Poeta, yo?... ¡Será por lo que sueño!;  
aunque mi pobre Musa me desmiente,  
pues la palabra, indómita y huraña,  
mi voluntad engaña  
y nunca expresa lo que mi alma siente;  
y haciéndome traición mi propio acento,  
doy á mi pensamiento,  
en el punto que nace, sepultura;  
y llamaradas de fugaz ventura  
ó insaciables hogueras del infierno,  
*en mí todo es interno,*

todo es interno y no se exterioriza:  
¡ascuas siempre cubiertas de ceniza!

Perdone usted mi CHÁCHARA difusa  
—(que ella misma sus vicios satiriza)—  
y sírvame la voluntad de excusa.

Y en esta forma seguía, y seguía, y seguía...  
Lo de las ascuas no lo dije á humo de pajas:  
dijelo con el sano propósito de arrimar el ascua á  
mi sardina.

Pero á la mamá de la niña le parecieron *esas*  
*cosas* un tantico fuertes (que era en cierto modo  
lo que yo deseaba, para escarmiento de propieta-  
rias de Album) y acaba de suplicarme... ¡que le  
haga otros versos *mejores!*

¡Me ha matado!

G. DE M.

## ÍNDICE

	PÁGINAS
Al Sr. D. Telesforo García de Ruiz. . . . .	5
De omni re scibill. . . . .	7
¡Yo, literato! . . . . .	57
Politiqueando. . . . .	71
Desde el lazareto. . . . .	79
De la decencia del lenguaje. . . . .	87
Algo de tejas arriba... y de tejas abajo. . . . .	99
Bizkaitarrerías... y armas al hombro. . . . .	113
Vicios de expresión. . . . .	131
Album-manía. . . . .	141

Y en esta forma seguía, y seguía, y seguía...  
Lo de las ascuas no lo dije á humo de pajas:  
dijelo con el sano propósito de arrimar el ascua á  
mi sardina.

Pero á la mamá de la niña le parecieron *esas*  
*cosas* un tantico fuertes (que era en cierto modo  
lo que yo deseaba, para escarmiento de propieta-  
rias de Album) y acaba de suplicarme... ¡que le  
haga otros versos *mejores!*

¡Me ha matado!

G. DE M.

## ÍNDICE

	PÁGINAS
Al Sr. D. Telesforo García de Ruiz. . . . .	5
De omni re scibilli. . . . .	7
¡Yo, literato! . . . . .	57
Politiqueando. . . . .	71
Desde el lazareto. . . . .	79
De la decencia del lenguaje. . . . .	87
Algo de tejas arriba... y de tejas abajo. . . . .	99
Bizkaitarrerías... y armas al hombro. . . . .	113
Vicios de expresión. . . . .	131
Album-manía. . . . .	141



UA

DAD AUTÓNOMA DE

CIÓN GENERAL

BLOTE  
P  
A